12081

El Zapatero y el Rey

1ª parte

Zorrilla

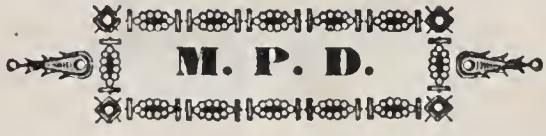
EL ZAPATERO Y EL REY.

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

POR

DON JOSÉ ZORRILLA.

Este drama ha sido aprobado para su representacion por la Junta de censura de los teatros del Reino, en 5 de Abril de 1850.



MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.° 19, bajo.
Mayo 1857.

Por odio y contrario afan
calumniado torpemente,
fué soldado mas valiente
que prudente capitan.
Osado y antojadizo
mató, atropelló crüel;
mas por Dios que no fué *él*,
fué su tiempo quien lo hizo.

Este drama pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

ACTO PRIMERO.

PERSONAS.

DON PEDRO.	BLAS. } *Sus hijos.*
DON JUAN.	TERESA. } *Sus hijos.*
DIEGO PEREZ, *zapatero.*	UN HOMBRE DEL PUEBLO.

La escena es en Sevilla.

Interior de la casa de Diego Perez: ajuar del oficio. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

BLAS. TERESA.

Teresa. Sí, sí, cierra la ventana,
que hace una noche...
Blas. Muy buena
para empezar una ronda.
Teresa. Vaya, y diluvia!
Blas. Por fuerza
bebe los vientos por tí
si hoy es constante.
Teresa. Qué pelma!
Blas. Vive Dios que es un mancebo
que vale un mundo, Teresa;
ni valientes le intimidan,
ni temporales le arredran;
con su espadon en el cinto
y su malla sempiterna,
no hay quien le tosa en Sevilla
si como ronda pelea.
Teresa. Siempre te me estás burlando.

678361

Blas. Yo burlarme? no lo creas;
si la verdad no te digo
en la vida hablé de veras.
Crees tú que entrar le dejára
en casa, si no creyera
que es un soldado y valiente?
Teresa. (*Sobresaltada.*)
Dios mio!
Blas. Qué fué, Teresa?
Teresa. Sería aprension.
Blas. Sería.
Teresa. Creí que abrian la puerta.
Blas. Lo que tú tienes es miedo.
Teresa. Ojalá no le tuviera;
aunque en tal caso, mi Blas,
gran ventaja no me llevas.
Blas. Cómo?
Teresa. Anteanoche temblabas.
Blas. Cuándo?
Teresa. Cuándo?... no te acuerdas?
Blas. No á fé.
Teresa. Cuando aquella mano
que asiéndola por las rejas
cerró á golpe la ventana.
Blas. Algun hidalgo tronera
que á su casa volveria
con tres ó cuatro botellas.
Teresa. Y aquellas voces que oimos?
di, y el son de las cadenas?
Blas. No lo mientes!
Teresa. Vírgen santa,
qué noche tan cruel fué aquella!
Rodaba todo el infierno
por el atrio de la iglesia.
Blas. Lo viste tú?
Teresa. Yo? En la cama
me dí mil veces por muerta,
y no me atreví de miedo
ni á rebullirme siquiera.
Pero Juanito me dijo
que él asomó la cabeza
por la rejilla, mucho antes

que á cerrárnosla vinieran,
y vió...

Blas. Qué vió?

Teresa. Seis fantasmas,
cuatro blancas y dos negras.

Blas. Hablemos si te parece
con formalidad, Teresa.

Teresa. Pero no dejes la obra
por hablar.

Blas. Enhorabuena.
Sigo con ella, y escucha.
Aunque yo en verdad no tenga
miedo á los muertos, sea dicho
con la debida cautela,
por no tenerlos vecinos
he echado á solas mis cuentas.

Teresa. Y á fé que la vecindad
no es muy grata.

Blas. Estáme atenta.
Puesto que van ya tres noches
que esos muertos se rebelan,
y con sus danzas nocturnas
dormir en paz no nos dejan,
pienso ir, si padre consiente,
á otro barrio con la tienda.
No te parece? Y mañana...

Teresa. Mañana? Soberbia idea!

Blas. Cuanto mas pronto mejor.

Teresa. Sí, sí, porque el miedo arrecia.
Yo, la verdad, ni una noche
duermo un minuto serena.

Blas. Pues yo sueño con los diablos
y los duendes todas ellas.

Teresa. Hola! conque al cabo, Blas,
que tienes miedo confiesas?

Blas. Negar que los muertos me hacen
mucha pavura, Teresa,
fuera, á hablar como hombre honrado,
en mí la aprension mas necia.
Sabes que en toda mi vida
temí paliza, pendencia,
ni motin, que en todo lance

presto anduve á la defensa
de mi padre ó mis hermanos,
de un vecino... de cualquiera.
Sabes que estuve empeñado
no há mucho en ir á la guerra,
y que á dejarme mi padre,
ya estaría en la frontera.
Mas los muertos me intimidan,
á qué andarse por las yerbas?
Si veo venir de frente
una pica, una ballesta,
derecho me voy al bulto
por ir aunque mas no sea;
pero en hablando de muertos
estoy con la pataleta.
Me columpio que parece
que es de plomo la cabeza,
los pies y manos de corcho,
y el corazon de manteca.

Teresa. Pues manos á la mudanza.

Blas. No, como á padre convenga,
á otra parte con la música.

Teresa. Blas, que llaman á la puerta.

Blas. Abre tú.

Teresa. Miren qué gracia.
Abre tú que estás mas cerca.

Blas. Vaya! Pues aun tendrá miedo!
Quién?

Diego. (*Dentro.*) Yo.

Blas. }
Teresa. } Buenas noches.

Diego. Buenas
os las dé Dios, hijos mios.
(*A Blas, que se asoma á la puerta con curiosidad.*)
Vaya, Blas, que llueve, cierra.

ESCENA II.

DIEGO. BLAS. TERESA.

Teresa. Quereis lumbre?

Diego. Sí por cierto;

que hace una noche tremenda.
Blas. Sentaos.
Diego. Toma el sombrero.
Llévate la capa y tiéndela.
Blas. Chorreando está.
(*Vase Blas y vuelve.*)
Teresa. Qué teneis,
padre? Traeis descompuesta,
desencajada la cara.
Diego. Es el frio.
Teresa. No, por fuerza
os ha sucedido...
Blas. Cómo?
qué es eso?
Diego. Vaya, que apenas
llego, siempre os empeñais
en que azares me sucedan.
No tengo nada.
Blas. Es que importa
que jamás os acontezca
mal, mientras que tengais hijos
que os venguen.
Diego. Eh?
Blas. Que os defiendan.
Diego. La venganza es, hijo mio,
de maldicion una piedra,
que tarde ó temprano vuelve
contra el mismo que la suelta.
Blas. Ya lo sé, padre, que he oido
mil veces eso en la iglesia.
Diego. Pues es preciso que siempre
en la memoria lo tengas.
Pero vamos á otra cosa:
vino?
Blas. Nadie.
Diego. En hora buena;
conque habeis estado solos?
Blas. Sí, señor.
Teresa. Si no se cuenta
el miedo de cada cual.
Diego. Y de qué ese miedo era?
ambos callais.

Teresa. Dilo, Blas.
Blas. Padre, hablando con franqueza,
los muertos...
Diego. Bueno, dejadlo.
Blas. Es que estamos siempre...
Diego. Vuelta.
Blas. Y hemos tratado los dos
de que mudemos la tienda.
Diego. No hay que pensar mas en ello;
los muertos son gente buena,
y no se meten con nadie.
Teresa. Pero...
Diego. Silencio, Teresa;
no son los muertos á fé
los que ahora á mí me amedrentan;
y de una vez para siempre
que comprendais me interesa,
que los muertos no hacen daño,
y que hablar de ellos molesta.
Blas. Pero, padre, y esas voces
que de noche nos atruenan?
Diego. Cerrad las ventanas bien,
y dormir á pierna suelta;
las voces solo son ruido,
y el ruido no rompe piernas.
Blas. Y no era mas fácil?...
Diego. No.
Blas. Vuestro mal humor os ciega:
padre, qué tiene de estraño
que por ser la calle estrecha,
porque se pierde ó se gana,
ó sea por lo que sea,
mude un vecino algun dia
á otro barrio casa ó tienda?
Diego. Blas, yo tengo mis razones,
y permanecer es fuerza
en esta casa, aunque mucho
de ello en el alma me pesa.
Blas. (Qué diablos! quiere y no quiere!
A que tambien dá en la tema
de callar que tiene miedo?)
Pero...

Diego. Basta de querella:
no hay que alzar ya mas pelillos
á conversacion tan necia;
y el que de noche curioso
me abra á deshora una reja,
que se eche á él solo la culpa
del mal que á todos nos venga.
Teresa. Llamaron?
Blas. Abro?
Diego. Pues no?
que entre en mi casa quien quiera.

ESCENA III.

DICHOS. DON JUAN DE COLMENARES.

D. *Juan.* Dios sea loado.
Diego. Don Juan!
con una noche tan cruda
vos en mi casa?
D. *Juan.* Sin duda,
siempre os quise con afan.
Diego. Cuatro años hace, señor,
que en ella no os hemos visto.
D. *Juan.* De venir es ¡vive Cristo!
esa la razon mejor.
Cuanto mas corren los años
mas los amigos se prueban,
y amistades se renuevan
en males y desengaños.
Diego. Hablais, don Juan, de amistades
con tono tan singular,
que nos hareis recelar
en la vuestra novedades.
D. *Juan.* Oh, no, Diego! Por mi vida
nunca os la tuve mas fiel,
y de ello...
Blas. (Reniego de él.)
D. *Juan.* Os dá pruebas mi venida.
(*Con aire de importancia.*)
Hola! qué altos los muchachos
están!... mozo mas cabal!...

no le sentarian mal
la coraza y los mostachos.
No es este el que quiso ser?...

Blas. Yo soy, y si aun me dejáran,
por San Juan que se quedáran
los zapatos por coser.

D. *Juan.* Con tanta aficion te sientes?

Blas. Los ojos tengo rasados
solo con ver los soldados
con el hierro hasta los dientes.

D. *Juan.* Y entonces, por qué esa senda?...

Blas. Dice mi padre, señor,
que siempre he de estar mejor
que en el cuartel, en la tienda.

D. *Juan.* Nada hay á eso que añadir;
mas Diego, si no hay objeto
que lo obste, tengo en secreto
dos palabras que decir.

Diego. A mí, don Juan?

D. *Juan.* A tí, Diego.

Diego. Podeis empezar si os place.

D. *Juan.* No estás solo.

Diego. Eso qué le hace?

D. *Juan.* Iréme pues.

Diego. Idos luego.
(*Con orgullo.*)
Bajo este techo, don Juan,
no quien no pueda discreto
guardar el mejor secreto.

D. *Juan.* Grandes para tí serán
los motivos de esa fé
en tus hijos, pues lo son,
pero fuera indiscrecion
fiarme yo, y no lo haré.

Diego. Pues tanto empeño mostrais,
idos vosotros.

Blas. (Maldita
sea con él su visita.)
(*Vanse Blas y Teresa.*)

ESCENA IV.

DON JUAN. DIEGO.

Diego. Solos estamos; hablais?
D. *Juan.* Diego, tú audaz y orgulloso
de tu virtud satisfecho,
caminas siempre derecho
por el camino espinoso
de la vida; mas preciso
será que te haga mirar
que hay mucho en que tropezar.
Diego. Os agradezco el aviso;
mas tengo ya setenta años,
y si es que torcido anduve,
los vicios que siempre tuve
tarde os parecen estraños.
D. *Juan.* Diego, tu altivez modera
y á la razon deja luz,
que es muy recta tu virtud,
pero es atrevida y fiera.
Consulta contigo mismo
lo que vas á responder,
que va tu respuesta á ser
tu salvacion ó tu abismo.
Quieres escribir tu nombre
donde los nuestros están?
Diego. Ya os dije que no, don Juan.
D. *Juan.* (Qué tenacidad de hombre!)
Diego, lo has pensado bien?
Diego. Sí, don Juan.
D. *Juan.* Y no has pensado
que va á alcanzar tu pecado
á mi cabeza tambien?
Diego. Tambien á vos! no lo entiendo.
D. *Juan.* Quieres que en olvido eche
que ambos con la misma leche
nos nutrimos?
Diego. Os comprendo;
tal vez creeis que me amais
porque pensais mucho en mí,
mas cuando pensais así,

don Juan, os alucinais.
Mucho mi arrogancia os pesa,
pues culpo vuestras acciones,
y esas son las mil razones
porque Diego os interesa.

D. *Juan*. Mas hay otros que inflexibles
por no malograr su afan,
á tu vida tenderán
todos los lazos posibles.
Te seguirán por do quiera,
y es infalible decreto,
que quien roba su secreto
ayuda les preste ó muera.

Diego. Concluyamos de una vez:
yo sé que hay un Juez supremo,
y nada en el mundo temo
mientras me ampara ese Juez.
Os habeis puesto, insensatos,
con los nuestros á jugar,
y habeis logrado engañar
así á muchos mentecatos.

D. *Juan*. Cuánto importa mantener
de ese aislado monasterio
la oscuridad y el misterio,
en mi empeño puedes ver.
Es fuerza, Diego, que el vulgo
de comprenderlo no acabe;
si ha de morir quien lo sabe,
peligro, pues lo divulgo.

Diego. Desprecio la oculta ley
que proscribe mi virtud,
y siendo en mi juventud
soldado, defiendo al rey.

D. *Juan*. Al rey que deja morir
de hambre á sus servidores,
que andan hoy como traidores
mendigando á quien servir.
El rey que deja inhumano
que á merced de oficio infame...

Diego. Quien tal al trabajo llame,
es, don Juan, solo un villano:
jamás en lo que es me meto

mi rey, que soy su vasallo,
bueno ó malo, sufro y callo,
y aunque le odio, le respeto.
Lo dije: y mirad por Dios
que pierdo ya los estribos!
no temo muertos ni vivos;
conque meditadlo vos.
Y no lo tomeis á espacio,
que no soy yo vuestro amigo;
y en amistad os lo digo,
mañana voy á palacio.

(*Un punto de silencio.*)

D. *Juan.* Lloré, supliqué por tí,
mas la vida nos va en ello;
y cada cual por su cuello
mira con razon aquí.
Conque si ello tanto importa,
piensa á tu vez y despacio,
que no llegará á palacio
ni tu palabra mas corta;
pues no puedes en conciencia
en ser nuestro consentir,
custodiado has de partir,
y no temas la indigencia.

(*Le ofrece un bolsillo que Diego rechaza.*)

Diego. Dadlo á los de vuestra grey,
don Juan, que yo mi pobreza
llevo con tanta fiereza
como su corona el rey.
Y aunque los dén tan baratos
que cieguen por trabajar,
nunca pan me ha de faltar;
mis hijos harán zapatos.

D. *Juan.* Sabes, y Dios me es testigo,
de que hice por tí, á mi fé,
cuando pude.

Diego. Ya lo sé;
mi padre os crió conmigo.

D. *Juan.* Y no sé cómo igualmente
la misma leche nos hizo
necio y descontentadizo
á tí, y á mí tan prudente.

Diego. Teneis razon, vive Dios!
que hemos salido en pareja
un lobo con una oveja.
D. *Juan.* Tú el lobo.
Diego. Y la oveja vos:
eso dije.
D. *Juan.* Hombres ingratos
que desprecian tan traidores...
Diego. (*Interrumpiéndole.*)
No quiero vuestros favores,
don Juan; coseré zapatos.
Me teneis mas que decir?
D. *Juan.* Que te encomiendes al cielo.
Diego. A ese tribunal apelo.
D. *Juan.* Adios.
Diego. Con vos quiera ir.

ESCENA V.

DIEGO. BLAS. TERESA.

Blas. Padre, no oí lo que os dijo,
mas créolo un desacato;
y muerte afrentosa elijo,
si siendo yo vuestro hijo
os ofende y no le mato.
Diego. Blas, el cariño te ciega.
Blas. No sé qué juego se juega,
porque no oí mas que el fin;
pero el negocio es muy ruin,
cuando mi padre se niega.
Diego. Nada comprendiste?
Blas. No.
Diego. Dios tal vez te ensordeció.
Blas. Vi que os ofreció dinero,
y que dijísteis: no quiero;
bien hecho, tampoco yo.
Diego. Blas, la honra es un tesoro,
y aunque te ofrezcan mas oro
que cabe en la catedral,
si la vendes harás mal.
Blas. Primero me mate un moro.

No le está bien á un mancebo
los secretos rastrear
de un viejo, sé que no debo;
mas me quereis confiar
este? A guardarle me atrevo.

Diego. Es inútil; está bien
donde está, y no estará, no,
mucho tiempo.

Blas. Yo tambien
tomaré lo que me dén
los que saben mas que yo.
(*Pausa.*)

Teresa. Padre, ese hombre os ha dejado
tan inquieto... qué teneis?

Diego. Vuelves ya á lo comenzado?
Con tan prolijo cuidado
acosado me teneis.
Mas ahora que hago memoria,
si ese soldado viniera
de otras noches, me pluguiera.

Teresa. Os fuera útil?

Diego. Sí que fuera.

Blas. Es hombre de grande historia!
Me gusta por lo valiente,
y de honrado tiene facha:
(*A Teresa.*) no es así?

Teresa. Padre consiente
en que venga...

Blas. Y es corriente;
que quiera padre no es tacha.

Diego. No le agradezco infinito
sus visitas en verdad;
mas hoy que le necesito...

Blas. Voto á San Diego bendito!...

Diego. Blas, no jures.

Blas. Perdonad;
pero mal lobo me coma
si no vuelvo como un galgo
con él.

Teresa. Llaman?

Blas. Luego asoma
en nombrando al rey de Roma.

Diego. Si fuera él...
Blas. Apostára algo.

ESCENA VI.

DICHOS. DON PEDRO *en trage de soldado.*

Blas. Seor soldado, guárdeos Dios.
D. *Ped.* El le socorra, mancebo.
Alegre está; qué hay de nuevo?
Blas. Nada, pues llegásteis vos.
D. *Ped.* Me esperaban?
Blas. Impacientes.
D. *Ped.* Qué es ello, pues, linda niña?
se la ocurre alguna riña?
Qué me mandais?
Diego. Que te sientes.
D. *Ped.* Buen viejo, disimulad;
no os saludé en derechura,
porque al ver tanta hermosura
me siento ciego.
Diego. En verdad
que sois un hombre bizarro,
y siempre con buen humor.
(*Don Pedro mete sin ceremonia ambos pies por medio de todos.*)
D. *Ped.* Dejadme echar al calor
esta humedad y este barro.
Blas. (Si no viera en una pieza
su amor y su edad marcial,
Teresa, tomaba á mal
su desenfado y franqueza.)
D. *Ped.* Qué murmura el perillan?
Blas. Que traeis hoy una espada
con mucho primor dorada.
D. *Ped.* En el cuartel me la dán:
y como me sirva bien,
jamás las señas la tomo;
que al pulsarla por el pomo
se cura siempre á cercen.
Pero al caso, señor Diego:
dispuesto estoy á escucharos;

hablemos de prisa y claros,
que he de partirme muy luego.

Diego. Entrais en palacio vos?

D. *Ped.* Por qué me lo preguntais?

Diego. Porque si hasta el rey llegais
quiero hablarle.

D. *Ped.* Sí por Dios;
y si quereis que le diga...

Diego. A solas le quiero hablar.

D. *Ped.* Para tan alto picar
muy grave causa os obliga.

Diego. No á mí.

D. *Ped.* Pues á quién?

Diego. A él.

(*Don Pedro frunciendo el ceño se arrellana en la silla diciendo con altivez:*)

D. *Ped.* Diga, pues, lo que se ofrece.

Diego. Al rey su merced parece.

D. *Ped.* La cara tengo tan cruel
que con el rey me compara?

Diego. Hable de él con mas respeto,
que yo jamás me entrometo
á mirar al rey la cara.
Y en fin, lo podeis hacer?

D. *Ped.* Cuando querais.

Diego. Pues mañana.

D. *Ped.* A qué hora?

Diego. La mas temprana.

D. *Ped.* Pues bueno, al amanecer.

Diego. Os burlais?

D. *Ped.* No por mi vida,
porque mañana temprano
ha dispuesto el soberano
dar al monte una batida,
conque si verle quereis
que madrugueis es preciso.

Diego. No echaré al agua el aviso.

D. *Ped.* Mucho de él os prometeis.

Diego. Eso es ya negocio mio,
seor soldado.

D. *Ped.* Bien está;
á mí tanto se me dá;

conque en ello no porfio.

Diego. Pues á otra cosa; y decid,
qué se habla por la ciudad?

D. *Ped.* Estoy de eso á la verdad
tan al cabo como el Cid.

Diego. No os importan las noticias
de vuestra patria y del rey?

D. *Ped.* A mí?... que haya buena ley
y se hagan muchas justicias.
Lo demás nada me importa;
y cuando columbro guerra,
(*Señalando la espada.*)
doy un repaso á esta sierra,
y estoy listo en cuanto corta.
(*Llaman en la puerta con brio.*)

Teresa. Ay!

D. *Ped.* Llaman.

Diego. Abre. (*Lo hace Blas.*)

ESCENA VII.

DICHOS. UN HOMBRE DEL PUEBLO.

Blas. Qué quiere?

Hombre. Diego Perez?

Blas. Aquí es.

Hombre. Que vaya corriendo, pues,
que su pariente se muere.

Diego. Mi pariente? y qué pariente?

Hombre. Gil Perez el estatuario,
que está con un mercenario
muriendo devotamente.

Diego. Gil Perez!... Oh! perdonad,
señor soldado, que entiendo
que ese que se está muriendo
conmigo en su mocedad
siguió las armas reales.

D. *Ped.* Id, que soy muy vuestro amigo
y estais cumplido conmigo:
id á remediar sus males.
Y si urgen por mala estrella
medicinas ó dinero,

tengo una bolsa de cuero;
mandad por lo que hay en ella.
Diego. Gracias, y adios.
Blas y Teresa. Volvereis?
Diego. En cuanto el mal lo permita.
(*Sale Diego con el hombre; Blas y Teresa se asoman á la puerta.*)
Blas. Corre que se precipita.
D. *Ped.* Mozos, buen padre teneis.

ESCENA VIII.

DON PEDRO. TERESA. BLAS, *cosiendo zapatos.*

D. *Ped.* Decidme, esquiva hermosura,
me quereis como yo á vos?
Teresa. Brava pregunta por Dios.
D. *Ped.* Brava os quiero, altiva y dura;
pero la frase la estraña?
daréla satisfaccion:
es que está mi corazon
por sus ojos en campaña.
Y soldado mas valiente
que prudente capitan,
planto el sitio y allá van
mis ballestas de repente.
Si el enemigo responde
á él voy, y sin hacer alto
entro al lugar por asalto
sin mirar nunca por dónde.
Se me entiende?
Teresa. Como está
tan oculta la emboscada,
no es fácil...
D. *Ped.* Vuestra avanzada
dió con ella.
Blas. Voto va!
Paréceme que á barato
lo echais, y se me barrunta...
D. *Ped.* Quién al rapaz le pregunta?
calle y cosa su zapato.
Blas. (Siempre adelante me lleva;

por mas que me tengo sério,
arranca con tal imperio
que el diablo que se le atreva.)

Teresa. Bien, hablemos de otra cosa:
dicen que el rey de Castilla...

D. *Ped.* Está ahora con la Padilla
en conferencia amorosa?

Teresa. Qué me importa? es de la guerra
de Aragon porque pregunto.

D. *Ped.* Contadme allá por difunto.

Teresa. Os partís para esa tierra?

D. *Ped.* El rey sus tercios envía
para allá, y segun infiero
yo salgo con él primero;
conque al caso, prenda mia:
si no me dais antes de ir
de vuestro amor una prueba,
dad por llegada la nueva
de que estoy para morir.

Teresa. Mucho en el alma lo siento,
que al cabo os queria bien.

D. *Ped.* (Bello está en ella el desden,
pero mas el sentimiento.)
Conque me quereis, Teresa?

Teresa. Ya lo dije; mas si os vais,
pésame que lo sepais.

D. *Ped.* Que os pesa decís?

Teresa. Me pesa,
porque es vuestra condicion
olvidar lo que ha pasado
en lugar que habeis dejado;
conque ved si en Aragon
olvidareis á Castilla.

D. *Ped.* (*Con brio.*) Olvidar y haberla visto?
y vale mas ¡voto á Cristo!
que la Aldonza y la Padilla.

Teresa. Qué decís? que... á quién nombrais?

D. *Ped.* Padilla y la Coronel,
damas del rey.

Teresa. Y con él
y aquellas nos comparais?

D. *Ped.* Sí, pues siendo ante la ley

él el primero y mejor,
la mas hermosa el amor
debe cautivar del rey.

Blas. Ved que estais aquí conmigo,
y ved que su hermano soy.

D. *Ped.* Qué lenguaráz estás hoy.

Blas. Es que soy...

D. *Ped.* Calle, le digo.

Blas. (Los ojos me hace bajar
y se me traba la lengua.)

Teresa. No le riñais, que es gran mengua
hacerle esto tolerar;
y partid, que es ya muy tarde
y no está mi padre aquí.

D. *Ped.* Con vos no me dejó á mí?
qué importa que yo le aguarde?

(*Tocan á las ánimas, y al son de las campanas Blas y Teresa hacen un movimiento de temor.*)

D. *Ped.* Qué es eso?

Teresa. No oís tocar?

Blas. Las nueve deben de ser.

D. *Ped.* Y qué tiene eso que ver
para ponerse á temblar?

Blas. Qué, no sabeis lo que pasa?
mas no me mireis ásí,
que poneis un ceño...

D. *Ped.* Di
qué es lo que hay.

Blas. En esta casa
es imposible vivir:
la mejor noche nos comen.

D. *Ped.* Quién?

Blas. Temiendo estoy que asomen,
que á esta hora suelen venir.

D. *Ped.* Qué tropel de desaciertos!
locos á esta hora os volveis.

Blas. Los oís?

(*Don Pedro dá un paso hácia la ventana; Blas le detiene.*)

No os asomeis.

D. *Ped.* Pero quién son?

Blas. Unos muertos.

D. *Ped.* Muertos!... Bah! bah! pues ya estoy;
conque todo eso era miedo?
Y se ven?

(*Segundo paso de don Pedro y detencion de Blas.*)

Blas. Estaos quedo
si morir no quereis hoy.

D. *Ped.* Y en efecto, se oye ruido
y se ve luz por la calle.

Teresa. Siento que padre no se halle
ya esta noche recogido.

Blas. Cielos, yo tiemblo por él!
todos los dias parecen
hombres que á fuerza perecen
de esa iglesia en el cancel.

D. *Ped.* Y la justicia lo sabe?

Blas. Sin duda saberlo debe.

D. *Ped.* Y entonces?

Blas y *Teresa.* Nadie se atreve.

D. *Ped.* (Gran misterio en ello cabe;
prosigamos, y si encuentro
el hilo á este laberinto,
fuego pondré á su recinto
hasta dar con lo que hay dentro.)
Decid, y habeis visto alguno
de esos cuerpos que perecen
por la noche, y aparecen
por la mañana?

Blas. Ayer uno.

D. *Ped.* Tenia herida?

Blas. En el pecho.

D. *Ped.* Y mostraba la señal
ser de espada ó de puñal?

Blas. Que con ambas lo habian hecho
dijeron los cirujanos.

D. *Ped.* Luego eran contra uno dos?
ánimas eran por Dios
de vivientes bien villanos!

(*Ruido dentro.*)

Blas. Oís?

D. *Ped.* Mándrias, no tembleis,
que quien lo remedie habrá.

Blas. Quién con los muertos podrá?

D. *Ped.* Los vivos.
Teresa. Cómo!
D. *Ped.* No veis
que en un nicho los encierran?
Blas y *Teresa.* Claro está.
D. *Ped.* Pues de contado
pueden mas que el enterrado
los vivos que allí le entierran.
Blas y *Teresa.* Tiene razon.
Diego. (*Dentro.*) Muerto soy.
Blas. Santo Dios! habeis oido?
(*Un momento de atencion.*)
Diego. (*Dentro.*) Blas! Teresa!
Teresa. Padre ha sido!
(*Blas corre á la puerta, y al tiempo de abrir se ve á Diego tendido en tierra.*)
Diego. Ay de mí!
D. *Ped.* Soñando estoy?

ESCENA IX.

DON PEDRO. DIEGO. BLAS. TERESA.

Blas. Sangre! quién fué, padre mio?
Diego. Tente, Blas, no salgas, no,
que murieras como yo,
y en tí mi esperanza fio.
Blas. Voy á buscar...
Diego. Escusado;
fué mi destino fatal!
arrimadme ese sitial,
y acercaos, buen soldado.
D. *Ped.* Decid si sabeis quién fué,
que ha de acordarse de vos.
Diego. Dejadme acabar por Dios:
id á ver al rey...
D. *Ped.* Y qué?
Diego. Y decidle que esos muertos...
D. *Ped.* Acabad.
Diego. No puedo mas.
(*Inclina la cabeza y muere.— Pausa.*)
D. *Ped.* Voto á Dios y á Barrabás!

entre sus labios abiertos
él mismo el secreto ahogó.

Blas. Padre.

Teresa. Señor.

D. *Ped.* Esto es hecho;
vamos á echarle en su lecho,
que ayudaros puedo yo.
(*Llévanle, y vuelve don Pedro.*)

ESCENA X.

DON PEDRO.

En ver al rey tanto afan
y á puñaladas morir?
de lo que me iba á decir
claros barruntos me dán.
Con él los muertos mantienen
misteriosa relacion...
con el rey por precision
tambien relaciones tienen.
Incomprensible cadena,
yo seguiré uno por uno
tus eslabones, y alguno
se deshará como arena.
(*Se pasea á pasos precipitados, y esclama mirando á la ventanilla.*)
Muertos que del nicho salen
y los vivos asesinan,
son si á espacio se examinan
fantasmas que verse valen.

ESCENA XI.

DON PEDRO. BLAS *sale á la puerta y se tiene en el dintel, la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras del mas profundo dolor.*

Blas. Amigo!

D. *Ped.* (Desventurado!)
Diego?

Blas. No le nombres ya:
silencio! mi hermana está
rezando aun á su lado.
D. *Ped.* Que llore es mucha razon.
Blas. Sí, que rece una mujer,
pero algo mas ha de hacer
un hombre en esta ocasion.
D. *Ped.* Luego dijo?...
Blas. Nada dijo,
pero yo lo sé muy bien,
que hay cosas que no las ven
sino los ojos de un hijo.
(*Muy marcado.*)
Un hombre esta noche estuvo
con mi padre hablando aquí,
y yo con mi padre vi
que muy descortés anduvo.
Ya de la puerta al dintel
dijo: encomiéndate al cielo...
á su tribunal apelo
si quien le mata no es él.
(*Quedan ambos en silencio por un instante.*)
D. *Ped.* Esta noche irás conmigo
y el rey te remediará.
Blas. El rey? no voy; me ahorcará,
que es del otro muy amigo.
D. *Ped.* Y no hay justicia en Sevilla?
Blas. Dicen que con este rey
no hay mas razon ni mas ley
que su capricho en Castilla.
D. *Ped.* Rapaz, la audacia perdono
porque lastimado estás;
pero no hables así mas
de quien se sienta en un trono;
y escúchame un buen consejo,
que lléveme Belcebú
si no sé yo mas que tú
en la muerte de ese viejo.
Quieres con el hombre dar
que á tu padre asesinó?
Blas. El alma daria yo
á quien me le haga encontrar.

D. *Ped.* Pues los secretos que encierran
las tumbas, los saben bien
á estas horas...

Blas. Pronto, quién?

D. *Ped.* Esos muertos que te aterran.

Blas. Santo Dios!

D. *Ped.* Que no te atreves
á esperarlos, bien se ve;
mas yo en tu lugar lo haré,
y piensa cuanto me debes.
Yo hallaré el rastro á tu presa,
te daré á ese hombre, y si él es,
me has de ayudar tú despues
á poner cabo á la empresa.
Dices que de esa ventana
se alcanza la iglesia á ver?

Blas. Cielos, que intentais hacer?

D. *Ped.* Una caridad cristiana:
vete, mancebo, á rezar
por el que duerme allí echado,
vete; yo soy un soldado
y voy tambien á velar.

Blas. Mirad bien, que aunque parecen
ilusiones del temor
esos fantasmas, señor,
mayor crédito merecen.
Mi padre me amenazó
que quien osára mirar
ni entender...

D. *Ped.* Vete á rezar,
Blas, que te lo mando yo.

Blas. Valiente sois, buen soldado;
quédoos muy agradecido,
mas de hinojos os lo pido
quede el postigo cerrado.
Oh, aunque me digais tenaz
que son visiones del miedo,
lo he visto y juraos puedo
que hay un muerto pertinaz
que en cerrárnosle se empeña!

D. *Ped.* Vete, que ha de estar abierto,
y como asome ese muerto

yo le daré santo y seña.
(*Don Pedro obliga á Blas á entrar en el cuarto donde entró su padre.*)

ESCENA XII.

DON PEDRO.

Que lloren sus desventuras
los hijos de un zapatero
mientras busca un caballero
con valor sus aventuras.
(*Entorna la ventana.*)
Dejo entornado el postigo
y mato la luz; así
veo y no me ven á mí
de las sombras al abrigo.
(*Toma un taburete y se sienta enfrente de la ventana.*)
Quién son los muertos veré,
y si á toparlos acierto,
no me ha de quedar un muerto
que sepa tenerse en pie.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

PERSONAS.

DON PEDRO.	DON JUAN ROBLEDO.
BLAS PEREZ.	DOÑA ALDONZA CORONEL.
DON JUAN DE COLMENARES.	DON ALBAR PEREZ DE GUZMAN.
SAMUEL LEVI.	UN CONJURADO.

Plazuela cuyo fondo representa la fachada principal de una iglesia abandonada: en el fondo el átrio cercado de verjas de hierro, á la derecha el esterior de la casa de Diego, con la ventanilla que abrió don Pedro en el acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN DE COLMENARES. SAMUEL LEVÍ.

D. *Juan.* Preciso matarle fué.
Samuel. Conque al cabo?
D. *Juan.* Sí, murió,
que un dia mas de su vida
fuera nuestra perdicion.
Duéleme mucho su muerte;
pero á jugar, vive Dios,
las nuestras contra la suya,
lo hecho tengo por mejor.
Samuel. Sí, por el santo Abraham;
pero estais seguro vos
de que nadie mas que el viejo
cayó en la cuenta?
D. *Juan.* Eso no;
hermanos fuimos de leche,

y era ese Diego un varon
justo, inflexible y severo,
que siempre pensó y obró
segun su recta conciencia;
y aunque tuviera ocasion
fuera del rey, á ninguno
parte de su intento dió.

Samuel. Mas hijos tiene.

D. *Juan.* Samuel,
desechad todo temor,
los hijos como del vulgo
canalla cobarde son;
ni abrirán una ventana
hasta muy entrado el sol,
ni cerrarán una puerta
sino antes de la oracion;
y á gente tal en contándola
cualquier patraña ó error,
la teneis siete semanas
soñando con la vision.

Samuel. En verdad, buen Colmenares,
que os acude harto valor
para arriesgaros á tanto.

D. *Juan.* Nunca, Samuel, me faltó
ni la audacia ni el consejo
cuando puestos en union
me tentaron el antojo
las grandezas y el amor.

Samuel. Así corre vuestra fama
por Sevilla, y así sois
el escándalo en el templo
y en las calles el terror.

D. *Juan.* Vaya que estais esta noche
filósofo; un hombre soy,
y como tal mis pecados
flaquezas humanas son.
Solo hallo una diferencia
con los demás, y es que yo
aborrezco á los hipócritas
y obro con satisfaccion
sin embozar mis flaquezas
con disimulo traidor.

Samuel. Bien meditado, don Juan,
tal vez no os falta razon,
pero es el vulgo envidioso,
injusto y murmurador.

D. *Juan.* Qué diablos vais á decirme
con tan prolijo sermon?
que me place la hermosura,
que á los regalos me doy,
que mis inmensos caudales
derramo con profusion,
que tengo amigos, que tengo
mucho en la corte favor.
Y eso qué tiene de estraño?
no haceis otro tanto vos?

Samuel. Y os olvidais ya, don Juan,
del bonete y del ropon?

D. *Juan.* Y os olvidais que me dieron
la prebenda como á vos
del rey la tesorería?

Samuel. Cómo?

D. *Juan.* Vedlo en conclusion:
yo era soldado, la guerra
siendo rico me cansó,
el rey me queria entonces,
el cabildo enredador
de Sevilla, harto indiscreto,
no sé en qué le desairó.
Don Pedro para humillar
tan osada presuncion,
sin mirar á mas razones
en el coro me sentó;
conque soy un ave ambigua
que estoy en disposicion
de volar y de correr
como me venga mejor.
No recibí órden alguna;
y á mi antojo, ved que voy
llevando con igual brio
las espuelas y el ropon.
Mas vamos á lo que importa:
el mensagero llegó?

Samuel. Mañana llega.

D. *Juan.* En secreto?
Samuel. No, con mucha ostentacion
que trae comitiva y viene
con nombre de embajador.
D. *Juan.* Y es hombre de quien se fie?
Samuel. A toda prueba.
D. *Juan.* Por Dios
que el atrevimiento es mucho!
Samuel. No es, don Juan, mucho mayor
que señalar una iglesia
por punto de reunion.
D. *Juan.* De audaces es la fortuna,
ya veis lo bien que salió
para apartar los curiosos
de los muertos la ficcion.
Samuel. Aunque á bulto en poco estuvo
si con nosotros no dió
el Justicia Benavides
allá en el otro rincon.
D. *Juan.* Oh, aquí seguros estamos,
gracias á lo que costó!
Dos veces hemos venido,
y mirad en derredor,
no hay una casa habitada,
y el zapatero murió;
pero el enviado, decidme,
sabrá hacer...
Samuel. Santa Sion!
médico, adivino, astrólogo,
y mi huésped, ved, señor,
si tendrá bien su lugar;
de sus consejos en pos
enfermos, pobres y tontos
le irán á implorar favor.
Entrarán cuantos quisiéremos,
y tomarán de su voz
nuestras órdenes, á guisa
de remedio ó prediccion.
D. *Juan.* Soberbia idea, Samuel!
Y Aldonza?
Samuel. En venir quedó,
y aguardará del alcázar

para salir la ocasion.
Pero, don Juan, vamos claros,
la amais de veras?

D. *Juan.* Pues no!
es noble, astuta y hermosa.

Samuel. Don Juan, que os asista Dios.

D. *Juan.* Y además don Juan Lacerda,
su cuñado, el reino entró
por Córdoba.

Samuel. Y su marido
viene á ayudarnos.

D. *Juan.* Estoy
en que esta noche le esperan.

Samuel. Celoso del rey, traidor
se ha vuelto Albar de Guzman?

D. *Juan.* Nuestro es el rey.

Samuel. Vámonos,
que alguien llega: desde el átrio
veremos, don Juan, quién son.

D. *Juan.* Si nos acechan ¡ay de ellos!
arrojáos sin temor,
y adelante.

Samuel. En ese caso
podeis arrojaros vos.

D. *Juan.* Qué temeis?

Samuel. Nada en resúmen:
mas soy viejo, odio el rencor,
y para matar cristianos,
don Juan, no conspiro yo.

D. *Juan.* Pues ahora os digo lo de antes,
Samuel, que os asista Dios.

ESCENA II.

DON JUAN *y* SAMUEL *tras de las verjas del atrio.* ROBLEDO. DOÑA ALDONZA CORONEL.

Aldonza. Robledo, llegamos ya?

Robledo. Este es el sitio, señora.

Aldonza. Tan solo y tan á deshora
miedo este sitio me dá.

Robledo. Nada teneis que temer,

que entre amigos os hallais.
Aldonza. Que soy, Robledo, olvidais
nada mas que una mujer?
y aunque sagaz y ofendida
es natural mi temor.
Robledo. Cubriros fuera mejor
con el lienzo.
Aldonza. Me intimida
disfrazarme de este modo,
y horror de mí misma tengo.
Robledo. En que repugna convengo;
mas esto lo salva todo.
(*Pónense unos mantos blancos, y dirigiéndose hácia el fondo quedan de espaldas al espectador á manera de muertos con sus sudarios.*)
Robledo. Oh, es muy feliz la invencion
de estos lienzos funerarios.
Aldonza. Pues de andarnos con sudarios
no es la mejor ocasion.
Robledo. Teneis tan poca esperanza?
Aldonza. Demasiada tengo acaso;
mas Robledo, un solo paso
puede arrastrar la balanza.
Robledo. Tal vez alguno nos mira.
Aldonza. No veis alguien á la puerta?
Robledo. Nadie á venir aquí acierte
si como vos no conspira.
Seguidme.
Aldonza. Vamos allá,
que en vos confio, Robledo.
Robledo. Venid, señora, sin miedo,
que yo llamaré.
D. *Juan.* Quién va?
Robledo. Las ánimas.
Samuel. Ellos son.
D. *Juan.* (Sepamos antes de entrar
lo que se puede esperar
de las gentes de Aragon.)
Aldonza. Sois vos, don Juan?
D. *Juan.* Sí, yo soy.
Aldonza. Gran miedo por vos pasé.
D. *Juan.* Miedo decís, y por qué?

Aldonza. No veis el trage en que estoy?
Samuel. Guárdeos el cielo, señora.
Aldonza. Tambien Samuel con nosotros?
Samuel. Tambien Samuel.
D. *Juan.* Y aun hay otros
que el conocerlos ahora
trabajo os ha de costar.
Aldonza. Y os esponeis tan temprano?...
D. *Juan.* Es el vulgo muy villano,
y no se atreve á acercar.
Sinó por esta invencion
de los muertos, ya apostára
que estábamos cara á cara
há mucho con el leon;
mas hicimos tan estrañas
anécdotas referir,
que nadie ha osado venir
contra visiones tamañas.
Samuel. Pues determinar es fuerza
de concluir lo mas presto,
que es facil que dén tras esto
y la fortuna se tuerza.
D. *Juan.* (*A doña Aldonza.*)
Qué es de don Albar Guzman?
Aldonza. Esta noche entra en Sevilla.
D. *Juan.* Y el otro?
Aldonza. Contra Castilla
dispuestos ambos están.
Samuel. Vuestro cuñado Lacerda
sigue venciendo?
Aldonza. Sí á fé,
y en él precavida até
un cabo de nuestra cuerda;
al otro está mi marido,
que con los suyos atento
aguarda solo el momento
del ataque convenido.
D. *Juan.* Trae gente?
Aldonza. Pocos, mas buenos,
que por diferentes puertas
entrarán.
D. *Juan.* Que estén abiertas

se dispondrá.
Aldonza. Eso es lo menos:
nuestros los alcaides son.
D. *Juan.* Robledo, y la gente vuestra?
Robledo. Mucha tengo, osada y diestra,
dispuesta á la rebelion;
pero sin armas están.
D. *Juan.* Cuando hagan al caso ireis
donde las encontraréis.
Robledo. Instrucciones?
D. *Juan.* Se os darán.
Y vos, Samuel?
Samuel. Todo está
preparado á la ocasion:
Granada con Aragon
auxilio y favor nos dá.
Mahomad el rey Bermejo
á pretesto de embajada
envía desde Granada
un moro de su consejo;
y pues no han de sospechar
de un embajador amigo,
él hará que al enemigo
puedan avisos llegar.
D. *Juan.* El legado del pontífice
parte con nosotros toma.
Samuel. De rebeliones en Roma
hay muy práctico artífice.
Aldonza. Mas el rey...
D. *Juan.* Dejadme hacer:
disoluto mozalvete,
le daremos un juguete
que le sepa entretener.
Aldonza. Estemos muy sobreaviso,
que tiene mas de leon,
cuya sangrienta aficion
saciar antes es preciso.
Samuel. Pues si al leon por ventura
saciar antes interesa,
yo le arrojaré una presa
que satisfaga su hartura;
y pues aunque entrado en años

de ser mozo no dejó,
al leon dormiré yo
y al mozo vuestros amaños.

Aldonza. Tanto amor le he de fingir,
que milagros ha de hacer
si es capaz de prever
que en mi amor ha de morir.
Don Enrique?

D. *Juan.* Será rey.

Aldonza. Contestó?

Samuel. Contestó ya,
y en sus poderes nos dá
por buenos ante la ley.

D. *Juan.* Nos deberá él la corona,
rey el pueblo castellano,
y el infierno otro tirano
que le espera aunque le abona.

Aldonza. Vaya allá ¡ viven los cielos!
de huésped de Lucifer.

D. *Juan.* (*A doña Aldonza.*) Y con él puede correr
Albar Perez.

Aldonza. (*A don Juan.*) Teneis celos?

D. *Juan.* No sois vos todo mi afan?

Aldonza. Mas viniendo mi marido...

D. *Juan.* Todo está ya prevenido.

Aldonza. Qué decís?

D. *Juan.* Juntos irán.

Aldonza. Vuestro amigo!

D. *Juan.* Y qué tenemos?
no necesita una presa
el leon? darémosle esa.

Aldonza. Don Juan!

D. *Juan.* (*Señalando al judío.*) Otra le daremos?

Aldonza. Me entendísteis.

D. *Juan.* Bien está:
derpachemos esa gente,
que hace tiempo que impaciente
tambien nos espera ya.

(*Entranse todos en la iglesia, y cuando vuelven las espaldas asoma y sale despues don Pedro por la puerta que se supone de la casa de Diego Perez.*)

ESCENA III.

DON PEDRO.

Por la Vírgen de Belen,
leon de sangre sediento
se dará el rey por contento
con la presa que le dén!
y el cetro de un mozalvete
mientras venden á Aragon,
echarán carne al leon
y al mancebo algun juguete.
(*Pasea á largos pasos y dice de repente:*)
Por Dios que si estando quedo
necios á acosarle van,
cuando ruja se echarán
entre la yerba de miedo!
Voto á Dios, bando insensato,
que hallarás al leon, sí;
pero caerá sobre tí
silencioso como el gato.
(*Vuelve á pasearse meditabundo.*)
Quién necio al primer embate,
mal jugador de ajedrez,
jugando la primer vez
tira al rey un jaque mate?
Con trampas y alteraciones
piensan el juego embrollar?
Empecemos á jugar
moviendo algunos peones.
Blas!

ESCENA IV.

DON PEDRO. BLAS.

as. Qué quiere?
l Ped. Ven acá:
paréceme que decias
que á tu padre vengarías!
as. Sí por Dios!
l Ped. Empieza ya.
as. No juegue con mi dolor,

que por Cristo que le juro
que aunque plebeyo y oscuro
razon me sobra y valor.

D. *Ped.* La paciencia sin embargo
te hace falta, ténla pues:
yo sé el matador quién es.

Blas. Quién?

D. *Ped.* La prudencia te encargo.

Blas. Prudencia! y vísteis morir
á quien me mandais vengar?

D. *Ped.* Ve la justicia á buscar
y hazla contigo venir.

Blas. De mí burlaros quereis?

D. *Ped.* De Colmenares te olvidas?

Blas. Ese fué?

D. *Ped.* El mismo.

Blas. Cien vidas
que tuviera... lo vereis.

D. *Ped.* Pues yo le pondré en tus manos
si traes la justicia tú.

Blas. Justicia! por Belcebú
que es auxilio de villanos.
Dónde está ese tigre cruel?
Dadme esa daga por Dios,
y cierro delante á vos
á puñaladas con él.

D. *Ped.* Y si tal haces, menguado,
llegarás á tu enemigo
sin que tropiece contigo
la justicia de contado?
Si el golpe yerras por suerte...

Blas. No temais, no le erraré.

D. *Ped.* Mejor es que se le dé
la justicia, que es mas fuerte.

Blas. Ese consejo me dais
y sois soldado del rey?
os remitís á la ley
y espada al cinto llevais?
Guardaos enhorabuena
vuestros consejos, y ahora
dejadme aguardar mi hora
mal devorando mi pena;

porque os juro que un zapato
no he de volver á coser,
si es que yo le alcanzo á ver
y allí mismo no le mato.

D. *Ped.* Bien está, le matarás.

Blas. Cara á cara?

D. *Ped.* La manera
ponla tú con tal que muera.

Blas. Vamos allá.

D. *Ped.* Tente, Blas:
que tú lo harás, lo repito,
mas con una condicion.

Blas. Cuál es?

D. *Ped.* En esta ocasion
la justicia necesito.

Blas. Para él?

D. *Ped.* Sí; cuando le prueben
que el delito cometió,
haré que á tus manos yo
sentenciado te lo lleven.
Lo oyes?

Blas. No lo entiendo bien;
mas no os puedo resistir:
voy... y si vais á mentir
el cielo os maldiga.

D. *Ped.* Amen.

ESCENA V.

DON PEDRO.

Que le mates, eso quiero;
que quien con su rey se atreve
justo es que la muerte lleve
por mano de un zapatero.
Que le mates es la ley,
y así aprenderá de cierto
que no hay un vivo ni un muerto
de quien tenga miedo el rey.
Alguien llega; si es amigo
de esa gente, antes de entrar

se tendrá que confesar
á solas aquí conmigo.

ESCENA VI.

DON PEDRO. DON ALBAR PEREZ DE GUZMAN.

D. *Alb.* (Esta la iglesia será
si cuando señas me dieron
á traicion no me mintieron:
pecho al agua.)
D. *Ped.* Quién va allá?
D. *Alb.* Las ánimas!
D. *Ped.* Adelante.
D. *Alb.* Estais vos?
D. *Ped.* Por don Enrique.
Y vos?
D. *Alb.* No hay porque me esplique
sin que el misterio levante.
D. *Ped.* No os dieron aquí una cita?
D. *Alb.* Y aquí os citaron á vos?
D. *Ped.* Sí.
D. *Alb.* Y á mí.
D. *Ped.* Conque á los dos
aquí se nos necesita.
Sois Lacerda, Mahomad
ó Roma?... esperamos hoy
sus avisos.
D. *Alb.* Guzman soy.
D. *Ped.* Albar Perez? perdonad,
que á conoceros al punto
no os hubiera detenido.
Venís, Guzman, decidido?
D. *Alb.* A vencer ó ser difunto.
D. *Ped.* Eso sí: bien elegimos;
ni un cobarde hay con nosotros,
aunque en mucho mas que á otros
por ofendido os tuvimos.
D. *Alb.* Mucho sabeis!
D. *Ped.* Soy el ojo
derecho de don Samuel,
y no me recata él

ni su mas mínimo antojo.
Y os llegó su carta?

D. *Alb.* Sí.

D. *Ped.* Ya visteis lo que decía.

D. *Alb.* Y vos, pues todo os lo fia.

D. *Ped.* Como que yo la escribí.
(Fortuna fué que escribiera,
que á ciegas le pregunté.)
Pues si mal no me enteré
ya solo por vos se espera.

D. *Alb.* Voy pues á entrar.

D. *Ped.* Aguardad,
que pues la suerte es propicia
daros quiero una noticia.

D. *Alb.* Dádmela pues, y abreviad.

D. *Ped.* (*Con intencion.*) Vuestra mujer os es fiel.

D. *Alb.* Vive Dios!...

D. *Ped.* Sé que irritado
con ella os habeis mostrado.

D. *Alb.* (*Amostazado.*) Y qué se le importa á él?
Si contra el rey conspirais...

D. *Ped.* Del rey hablaros pensé.

D. *Alb.* Pues id derecho, que á fé
que os juro que lo acertais.

D. *Ped.* Preso en sus lazos le tiene
doña Aldonza.

D. *Alb.* Ya volveis!

D. *Ped.* Si de él vengaros quereis
hablar de ella vos conviene.

D. *Alb.* Seguid.

D. *Ped.* Por si torpe lengua
su limpieza calumnió,
sabed que hay quien defendió
vuestra causa... aunque sin mengua.
Ella tiene al rey cogido;
mas solo es para ayudar
con su amor á conspirar
á su amigo y su marido.

D. *Alb.* Su amigo?

D. *Ped.* Y vuestro mayor;
pues á vuestra órden atento,
no se separa un momento

de ella, por cumplir mejor.
D. *Alb.* Por quién me tomais á mí?
D. *Ped.* Por don Albar de Guzman,
y á fé que sin mucho afan,
que vos lo habeis dicho así.
D. *Alb.* Pues estais mal informado,
que yo no encargué á ninguno
mi mujer.
D. *Ped.* Pues hay alguno
que á su cargo la ha tomado.
D. *Alb.* Quién?
D. *Ped.* Don Juan de Colmenares.
D. *Alb.* Os digo que os engañais.
D. *Ped.* Nada, don Albar, temais
de quien sirve en los altares.
Pero entrad, que os entretengo.
D. *Alb.* (Aviso mas singular!)
Decidme...
D. *Ped.* Quereis entrar,
que os esperan?
D. *Alb.* A eso vengo;
mas quiero una esplicacion
de eso que ahora me habeis dicho.
D. *Ped.* Traeis en finjir capricho?
mas en fin, teneis razon,
que delicados asuntos
son los asuntos de honor.
D. *Alb.* Quien no habla de ellos mejor
cerca está de los difuntos.
D. *Ped.* Me provocais? no hay por qué,
mas si os ofendeis por esto,
don Albar, estoy dispuesto
y el caso os esplicaré.
D. *Alb.* Cuando?
D. *Ped.* Mañana, que fuera
dár antes que sospechar.
D. *Alb.* A qué hora y en qué lugar?
D. *Ped.* En mi casa y á cualquiera.
D. *Alb.* Dónde morais?
D. *Ped.* De mi casa
haré que os avisen, y...
pero entrad, que pese á mí

que el tiempo hablando se pasa.
(*Sube don Albar las gradas del atrio diciendo:*)
D. *Alb.* (Por Cristo que me ha metido
ese hidalgo en confusion.)
D. *Ped.* (*Viéndole entrar.*)
Para una conspiracion
no hay cosa como un marido.

ESCENA VII.

DON PEDRO.

El dardo en el pecho lleva,
y á fé que le ha de estorbar;
mas si le quiere tocar
la herida él mismo renueva.
(*Se echa á reir.*)
Poco hay en el otro mundo
segun se ve de provecho,
cuando un soldado ha deshecho
su plan mas sabio y profundo.
(*Despues de un momento de meditacion, con ira, marcando el carácter inconstante del rey don Pedro, dice:*)
Torres de orgullo y grandezas
necios levantando están,
mas otros levantarán
su torre con sus cabezas.

ESCENA VIII.

DON PEDRO. BLAS.

D. *Ped.* Cumplísteis?
Blas. Sí.
D. *Ped.* No los veo.
Blas. Pronto los tendreis aquí,
que mas me interesa á mí
mi venganza y la deseo.
D. *Ped.* Escucha, Blas.
Blas. Ya os escucho.
D. *Ped.* Serás capaz de esperar

á los muertos?

Blas. (*Con temor.*) Yo?

D. *Ped.* A juzgar
por el *yo* los temes mucho.

Blas. Mas la pregunta á qué asunto?

D. *Ped.* Es que te encargo en conciencia
que tengas mucha prudencia
si aparece algun difunto.

Blas. (Cómo, no puedo entender,
hablar de muertos le gusta;
nada á este hombre le asusta;
mas nada le veo hacer.)

(*Uno de los conjurados aparece en el atrio, envuelto en el lienzo que le sirve de disfraz.*)

Cielos!

D. *Ped.* Qué es eso?

Blas. (*Señalando al conjurado.*) Mirad!

(*Blas cae de rodillas con la espresion del pavor mas concentrado. Don Pedro vuelve el rostro con serenidad.*)

ESCENA IX.

BLAS. DON PEDRO. UN CONJURADO.

Conjur. (Rumor oí segun creo;
no vendrá mal un paseo
contra una curiosidad.)

D. *Ped.* Quieto, Blas, ó eres perdido.

Blas. (Tamaño valor me pasma.)

D. *Ped.* (Dejemos que la fantasma
nos diga á lo que ha venido.)

Conjur. Desventurado mortal,
que pecador descarriado
á este lugar has llegado,
quién eres?

D. *Ped.* Si no voy mal
poco para muerto sabes,
pues no conoces en mí
un vivo que viene aquí
por negocios harto graves.

Conjur. Eres pues...

D. *Ped.* Del otro mundo,

donde ya aguardando están
á Samuel y al de Guzman.

Conjur. (Es nuestro si bien me fundo.)
(*Vase acercando á don Pedro y mirándole de arriba abajo, estraña la capa echando menos el disfaz.*)
Que vengas de allá me alegro,
aunque es tu disfraz muy franco.

D. *Ped.* Es que tú eres muerto blanco
y yo soy un muerto negro.

Conjur. Negro ó blanco, á qué no entrar
con nosotros?

D. *Ped.* Es que yo
soy muerto que nunca entro
donde le puedan cerrar.

Conjur. (Traidores hay pesia mí!)
Responda quién va ó es muerto.
(*Al acercarse á don Pedro, asiendo este su daga con disimulo, le dá de puñaladas y va á caer fuera de la escena.*)

D. *Ped.* Quien los infiernos ha abierto
esta noche para tí.

Conjur. Cielos!

Blas. Por San Blas, qué es esto?
con los muertos arrogante
se los lleva por delante...
qué hombre es este, á Dios opuesto?
(*Vuelve don Pedro limpiando la daga.*)

D. *Ped.* Bien muerto está el temerario.
Por Cristo que lo acertó
cuando al conspirar tomó
para envolverse un sudario.

ESCENA X.

BLAS. DON PEDRO.

D. *Ped.* Blas!

Blas. (Miedo este hombre me dá.)

D. *Ped.* Qué tiemblas? esto te asombra?
ven, que un muerto es una sombra
y al ver esta cruz se va.
(*Muestra la daga.*)

Blas. (Temblando estoy de pavor.)

D. *Ped.* Vamos, qué temes, muchacho?
no ves cómo los despacho?
cálmate y cobra valor;
que aunque entre el vulgo mantienen
gran crédito los difuntos,
en viendo dos vivos juntos
nunca á amedrentarlos vienen.

Blas. Así será, pues que veo
que con ellos os cerrais
y á estocadas los echais.

D. *Ped.* Que vengan muchos deseo;
y aprende á hacerlo de mí,
que muertos como el que has visto
no merecen, voto á Cristo,
sino lo que á ese le dí;
mas vienen.

Blas. Es la justicia.

D. *Ped.* Blas, silencio y confianza,
no malogres tu venganza
por ceguedad ó impericia.
Aquí tu venganza empieza,
y si sagaz me ayudares
lograrás de Colmenares
por lo menos la cabeza.

Blas. Mas...

D. *Ped.* Silencio, ya lo ves;
tú de mi poder testigo
eres, conque sé mi amigo,
que te alegrarás despues.

Blas. (Todo es misterios este hombre;
mas pues me halaga y me ayuda,
tendré la lengua tan muda
como su brazo y su nombre.)

ESCENA XI.

DON PEDRO. BLAS. LA JUSTICIA.

D. *Ped.* Mas vale nunca que tarde:
(*Con autoridad.*)
que la justicia y la uncion
matan con la detencion.

Justicia. Quién se atreve?
D. *Ped.* Dios le guarde.
Justicia. Para esto llamais la ronda?
D. *Ped.* Callad.
Justicia. Quién manda callar?
D. *Ped.* (*Le dice al oido:*)
Quien puede haceros ahorcar
aunque la faz vos esconda.
(*Bajo á los de la ronda, le oyen todos menos Blas.*)
Esta noche han muerto aquí
á Perez el zapatero:
aquí al agresor espero,
y el cadáver está allí.
En su casa os esconded,
y cuando mi voz oigais,
al que en la calle veais
sin mas respetos prended.
Y... para todos lo digo,
ni el reo ni el tribunal
han de saber, voto á tal,
que habeis topado conmigo.
Imparcial que sea quiero
del agresor la sentencia,
que tan hombre es en conciencia
como el rey el zapatero;
conque adentro.
(*Al entrar los detiene.*)
Eh! y escuchad:
con el muerto está su hija;
nadie importuno la aflija
por gracia ó curiosidad;
y cuenta que por torpeza
ó por malicia, espiar
ose alguno este lugar,
porque pierde la cabeza.
(*Entran, y don Pedro les cierra puerta y postigo.*)

ESCENA XII.

DON PEDRO. BLAS, *que no debe haber comprendido la escena anterior que pasa entre don Pedro y la ronda.*

Blas. Qué van á hacer en mi casa?

no veis que mi padre está?...

D. *Ped.* Todo lo he previsto ya;
tú atiende á lo que aquí pasa.
Tal vez volverán los muertos;
entre ellos viene sin duda
Colmenares.

Blas. Dios me acuda!

D. *Ped.* Y tenga tus desaciertos:
aunque le veas venir
estate quieto á mi lado.

Blas. Eso no, no, señor soldado,
si le veo, ha de morir.

D. *Ped.* Pues deja que pasen todos,
que con tantos atreverte
fuera correr á la muerte.

Blas. Lo haré así.

D. *Ped.* De todos modos
llegó tu venganza, Blas:
mas que en ninguna ocasion
divulgue tu irreflexion
lo que esta noche á ver vas.

ESCENA XIII.

DON PEDRO *y* BLAS *se apartan á un lado.* SAMUEL. DON JUAN. DON ALBAR. ROBLEDO. CONJURADOS, *etc.*

D. *Juan.* Conque no olvidar, señores,
que nuestros dias son tres,
el santo y la seña es
ánimas y embajadores;
entre tanto con el moro
que se aviste cada cual,
y no le irá á nadie mal
ni por armas, ni por oro. (*Vanse muchos.*)

ESCENA XIV.

DON PEDRO. BLAS. SAMUEL. DON JUAN. DON ALBAR. DOÑA ALDONZA. ROBLEDO, *etc.*

D. *Juan.* Ahora bien, hecho lo hecho

este lugar se abandona;
Enrique tendrá corona
y nosotros gran provecho.
Aldonza. Adios, don Juan.
Samuel. Dios os guarde.
D. *Alb.* (*A Samuel.*) El os ayude, Samuel.
Robledo. Os quedais?
Samuel. Tengo con él
que hablar.
D. *Juan.* Pues decid, que es tarde.

ESCENA XV.

SAMUEL. DON JUAN.—BLAS *y* DON PEDRO *ocultos.*

Samuel. Don Juan, la quereis aun?
D. *Juan.* Pues en qué mudanza ha habido?
Samuel. No es don Albar su marido?
D. *Juan.* Y el peligro no es comun?
Samuel. Pero...
D. *Juan.* No hay en este lance
averías de fortuna?
pues no ha de faltar alguna
que si me estorba le alcance.
Mas lo que hablarme teníais...
Samuel. A eso voy: pues sois tan rico
como yo...
D. *Juan.* Qué?
Samuel. No me esplico?
en repartir bien haríais
los gastos entre los dos.
D. *Juan.* Vuestra avaricia redobla,
Samuel, y por cada dobla
llorais un cántaro vos.
Samuel. Ya veis... tantos adelantos
y tan exhausta la caja.
D. *Juan.* Ya se os hará una rebaja,
que por ahora no son tantos;
mas cuenta conque el dinero
mucho os duela; tirad de él,
que en este caso, Samuel,
la cabeza es lo primero.

Samuel. Fio en vos.
D. *Juan.* Y sabeis bien,
que por tal parcialidad
os ofrece Mahomad
medio reino de Jaen.
Samuel. En el moro al fin tendré
quien me ayude en un azar,
(y un escondido lugar
donde el tesoro pondré.)
Buenas noches.
D. *Juan.* Id con Dios.

ESCENA XVI.

DON PEDRO. BLAS. DON JUAN. *Despues* LA JUSTICIA.

D. *Juan.* Ambiciosos miserables,
cuyas manos insaciables
van siempre del oro en pos;
Vete en paz hoy y atesora,
que yo te haré levantar
con tres palos un altar
donde te llegue tu hora.
(*Mira á la casa del zapatero y dice marchándose:*)
Su infortunio me hace duelo;
mas él se empeñó en morir,
y entre los dos á elegir
quiso lo mejor el cielo.
D. *Ped.* (*A Blas.*) Ahora tú.
(*Blas se arroja sobre don Juan, y mientras este se defiende y la justicia los separa, sin que don Juan vea de dónde salen, dice don Pedro:*)
D. *Ped.* Favor al rey!
D. *Juan.* Viven los cielos, villano!
Blas. Y mi padre?
Justicia. Echadle mano.
D. *Juan.* Qué es esto?
Justicia. Ayuda á la ley.
Blas. Ese á mi padre mató.
D. *Juan.* Cómo? infame!
Justicia. Basta ya,
que ese hombre acusado está

Juan. Viles, asesino yo!
las. Y aun niega... dejadme á mí:
ese hombre muerte merece;
dádmele, me pertenece,
yo soy el verdugo aquí.
las separado de don Juan forcejea por llegar á él. Llevan á don Juan por el lado opuesto á la casa de Diego Perez, y don Pedro coge á Blas por el brazo, cuando todos vuelven la espalda.)
sticia. (*A Blas.*)
Ea, atrás tú... y venid vos. (*A don Juan.*)
Juan. Inocente...
sticia. Sí sereis;
pero allá se lo direis
á los jueces.
Juan. Sí por Dios.
Ped. (*A Blas.*) Ven aquí, y en mí te fia.

ESCENA XVII.

DON PEDRO. BLAS.

as. Ved que me habeis prometido...
Ped. Que del crímen convencido
en tus manos le pondria.
Pues bien, pasado mañana
te avisarán de un lugar
donde has de ir á consultar
sobre la justicia humana.
as. Qué me importa?...
Ped. (*Dale un bolsillo.*) Calla y ten.
Con esto el entierro harás
de tu padre y de *ese*, Blas;
ñalando al sitio donde cayó el conjurado á quien mató don Pedro.)
y callando te irá bien.
as. (De sus ojos tengo miedo;
por mas que al orgullo acudo
me apura, me opongo, dudo;
mas resistirle no puedo.)
ntra en su casa empujado ligeramente por don Pedro.)

ESCENA XVIII.

DON PEDRO.

Bien; nada don Juan sabrá,
nada los jueces tampoco,
y ese pensamiento loco
adelante seguirá.
(*Se echa á reir, y dice yéndose y frotándose las ma*
con muestras de satisfaccion:)
Y es justo que en horca acaben
y al vulgo den que reir
muertos que aun han de morir
y que la hora no saben.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

PERSONAS.

N PEDRO.
N JUAN DE COLMENARES.
MUEL LEVI.
AS PEREZ.
N JUAN ROBLEDO.
ÑA ALDONZA CORONEL.
RESA PEREZ.
UN EMBAJADOR DEL REY DE GRANADA.
DON DIEGO GARCIA DE PADILLA.
JUAN.
DOS BALLESTEROS DE LA GUARDIA DEL REY.

binete oriental en casa de Samuel Leví destinado al embajador del rey Bermejo. Puerta en el fondo y secretas á os lados, mesa con tapete de grana, cogines, etc. Luz arificial.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ALDONZA CORONEL. DON JUAN DE COLMENARES.

d. Imposible, don Juan; dirán si quieren
que por capricho mujeril os quise,
mas no penseis que mi decoro hollando
así el blason de los Guzmanes pise.
Mucho os amé y os amo todavía,
que negároslo aun fuera locura,
mas seguiros liviana, Colmenares,
tinta es su sangre...

J. Basta; estad segura
que os comprendo muy bien: enhorabuena,
trocar por un mal rey un buen marido,
que merecia os pareció la pena;
mas quien señora en un palacio ha sido,
vivir no debe en opulenta casa,

que de hidalgo solar al fin no pasa.

Ald. Me tentais demasiado la paciencia,
señor don Juan, tened esos dicterios,
porque pican par diez en insolencia;
quien al rey escuchó fué mi venganza;
mató á mi padre y vive en mi memoria.

D. *J.* Qué diablos! por tan poco una pendencia
quereis armar? no somos hoy tan niños
que no alcancemos ya la tecnológia
y el sistema de amores y cariños.

Ald. Teneis, don Juan, un alma depravada,
incapaz de sentir, é indiferente
dispuesto estais con sátira insolente
á reir de la cosa mas sagrada.

D. *J.* Pues qué quereis? que á fuer de caballero
que errante corre á caza de aventuras,
abra un palenque á voz de pregonero
y haga hastillas por vos un par de lanzas
ganoso de cosecha de esperanzas?
No es mi propuesta tan dificil cosa;
en cualquier asonada repentina,
muere á manos de turba codiciosa
el patriota mejor tras de una esquina.

Ald. Basta ya, por mi vida, Colmenares.
Si la lengua arrostré del populacho,
del rey don Pedro por vengarme ansiosa
vengo á mi padre y moriré gozosa:
todo el mundo verá por mas que os pese
que el corazon del rey no pretendia
quien aguardando la ocasion, sedienta
bebió la sangre que en su pecho habia.

D. *J.* (*Con sarcasmo.*)
Y embozando su amor con su venganza
supo astuta volver á su marido
celebrando su triunfo esclarecido;
y este de su conducta satisfecho,
cuando vos le digais *vengué á mi padre*,
responderá tranquilo *bien has hecho.*

Ald. Mucho os mofais, don Juan, de su desgracia,
y á su enojo mostrais muy poco miedo
cuando sabeis que recordaros puedo
que no hablásteis con él con tanta audacia.

D. *J.* Y por tan bueno me teneis, señora,
que me lanzára á provocarle necio,
cuando al fin de la fiesta no sería
sino del vulgo fábula y desprecio?
Convengamos al fin en que por suerte
bien entrambos á dos nos conocemos,
y pues ambos á dos nos descubrimos,
nada por fin entrambos nos debemos.
Mas es tiempo de obrar: quede aquí todo,
y pues ambos un fin nos proponemos,
justo es que cada cual llegue á su modo.

ESCENA II.

DICHOS. SAMUEL *y* EL EMBAJADOR *por el fondo.*

Samu. Gracias á Dios!
D. *J.* Él nos ayude, amigos.
Emb. Grave susto nos dísteis, Colmenares.
D. *J.* (*Frívolamente.*)
Los cielos ¡vive Dios! me son testigos
de que mas de una vez me dí por muerto,
y de todos el fin tuve por cierto.
El oro derramé con manos llenas
por penetrar el laberinto oscuro
de las dudas que entonces me acosaban,
todos los cargos vi que se me hacian,
y todos de asesino me culpabán,
mas nada á fé de conspirar decian.
Samu. Mas los jueces...
D. *J.* Asaz interesados
fallaron mi sentencia
conforme á su interés, no á su conciencia.
Samu. (*Con satisfaccion.*)
La noticia indecisos esperamos,
mas cuando esta mañana la supimos
nos reimos, don Juan, y respiramos.
D. *J.* El caso es muy donoso ciertamente,
no se ha visto sentencia mas graciosa;
mas pasemos, señores, á otra cosa;
no hay mas que hablar, con nuestro plan seguimos.
Samu. Y el rey?

D. *J.* Oh! mas que nunca confiado
hoy mismo con su mesa me ha brindado;
mas yo sé bien, ó me alucino mucho;
que espléndido banquete le preparo
que ha de costarle por quien soy bien caro.

Emb. Abreviemos, si os place, de razones.

Samu. Sí, obremos de una vez, que no tenemos
á cientos ya á escoger las ocasiones.

D. *J.* Teneis razon, amigos, empezemos.
Los de Aragon?... (*A doña Aldonza.*)

Ald. En la ciudad entraron;
Guzman con ellos la señal espera,
y aquí vendrá si la ocasion le ayuda
favorecido por la sombra muda.

Emb. Mañana nos dará pública audiencia
el rey en el alcázar.

D. *J.* (*Al Embajador.*)
Ese tiempo le dá nuestra sentencia:
ea pues, ya sabeis cuánto hace al caso:
emprended del oráculo la farsa,
que entre la turba de cristianos locos
que por mentiras os darán dineros,
entrarán de los nuestros unos pocos;
no me los confundais con la comparsa.
(*A doña Aldonza con galantería.*)
Dadme el brazo, señora,
si aun alcanzo á serviros de escudero.

Ald. Pues no podeis ya ser mi caballero,
la última vez tomadle por ahora.

ESCENA III.

SAMUEL. EL EMBAJADOR.

Samu. Dejemos á esos necios embriagados
en sus ciegas y torpes vanidades.

Emb. Hablad de don Enrique.

Samu. Ya consiente
en dar á Mahomad esas ciudades
que le pide, tal vez muy exigente;
pero es justo sin duda
que pague cara su eficaz ayuda.

Emb. Dará, pues, los poderes necesarios?
Samu. No; pero pues tan varios
sucesos prestarán mil ocasiones
de ellas, se quitarán las guarniciones,
y con faz de sorpresa
tomareis lo que os toque de la presa.
Emb. Quedará, pues, Castilla
reducida á un pedazo de terreno...
Samu. Sí, donde ondule el pabellon ageno.
Emb. Permitid que os replique,
Samuel, puesto que tanto os interesa,
segun se ve, su causa,
por qué aquí no os quedais con don Enrique?
Samu. No mas reyes que pobres y altaneros
nos adulan menguando su grandeza
y nos pagan despues crueles y fieros
dando á su pueblo ruin nuestra cabeza.
Mi ciencia, mis consejos, mi tesoro
desde hoy ofrezco si los quiere al moro.
Emb. Ya veis lo que os escribe
mi rey, y claro está que os lo recibe.
Samu. Llevad á cabo, pues, lo comenzado.
Emb. Habeis ya á nuestras gentes avisado?
Samu. Hoy avisados fueron;
mis amigos y fieles servidores
por el vulgo las nuevas esparcieron
de que el muy sabio embajador que cura
del ánimo y del cuerpo los dolores,
á admitir se dispone sus visitas,
y ya el crédulo vulgo se apresura
á consultar al mago
en el silencio de la noche oscura.
Emb. Está bien: á los gefes instruidlos
del ridículo oráculo;
lo que importe decidlos,
yo al vulgo engañaré.
Samu. Y poned cuidado,
vendrá larga caterva de importunos
y de necias muchachas engañadas,
tras de esperanzas mentirosas unos,
tras de ventura y predicciones otros,
pero vendrán entre ellos

las ánimas, que esperan de nosotros
no plegarias mentidas ni oraciones,
sino armas afiladas,
el oro y las secretas instrucciones
que le serán por vuestro labio dadas.

Emb. Presto, pues, el oráculo empecemos:
á los nuestros daremos lo que importa,
y al vulgo sin razon le mentiremos.

ESCENA IV.

SAMUEL *y* EL EMBAJADOR *salen por la derecha: aparecen en seguida por una puerta falsa de la izquierda* DON PEDRO *con* DON DIEGO GARCÍA DE PADILLA *y* DOS BALLESTEROS DE SU GUARDIA.

D. *Ped.* Aquí, lebreles, y alerta!
á la primera señal
le echais al cuello un dogal
y le ahorcais en esa puerta.

Padilla. Ved que es ese hombre, señor,
embajador de Granada.

D. *Ped.* No acuso, pues, la embajada
si cuelgo al embajador?

(*Padilla y los ballesteros se retiran; don Pedro va á ocultarse tras de la puerta que abrió Samuel al salir, y cuya hoja cae sobre la pared.*)

D. *Ped.* Yo cazo por aficion
ya un insecto, ya una fiera;
pues hallo esta ratonera,
cacemos este raton.

ESCENA V.

Vuelve el moro, y al cerrar la puerta se halla cara á cara con DON PEDRO, *que echa mano á la llave y quedan un momento en silencio mirándose uno á otro.*

D. *Ped.* Buenas noches nos dé Dios.

Emb. (Por dónde ha entrado este hombre?)

D. *Ped.* Nada hay aquí que os asombre.

Emb. Sois?...

D. *Ped.* Un hombre como vos.
Emb. De la casa?
D. *Ped.* Justamente.
Emb. Amigo de don Samuel?
D. *Ped.* Mucho.
Emb. Y por mandato de él
venís á mí?
D. *Ped.* Cabalmente.
Emb. Pero en mi mente no cabe...
sin tropezaros en mí,
cómo habeis entrado aquí?
D. *Ped.* Por el ojo de la llave.
Emb. Qué es esto? venís de mofa?
D. *Ped.* Unos muertos, no esperais?
que se aparezcan dudais,
pues, las gentes de esa estofa...
Emb. Cómo!
D. *Ped.* No oísteis decir
que un muerto espíritu es
y no necesita pies
ni por dónde, para ir
ni venir?
Emb. Mas no comprendo
por Alá.
D. *Ped.* Tened paciencia;
yo os esplicaré mi ciencia,
y ya lo ireis comprendiendo.
(*Tiéndese don Pedro en un almohadon, y sigue diciendo en tono burlon:*)
Hay sabios tan pobrecitos
que tras cualquier embustero,
se van hácia el matadero
dóciles como cabritos.
Hay muertos tan infelices
que á pocas apariciones,
á tumbos y á tropezones
dán en tierra de narices;
y hay astrólogos tan rudos,
tan menguados adivinos,
que en lo que hace á sus destinos
sus oróscopos son mudos.
(*Hace el moro un movimiento de resistencia.*)

No resistais, voto á tal,
que vengo muy bien armado,
y cogiéndoos descuidado
el combate no es igual.
Que sois he oido decir
un mago mas que mediano:
tomad; aquí está mi mano,
(*Tiende la mano armada con guantelete.*)
decidme mi porvenir.

Emb. (Disimulemos par diez
quién es hasta descifar.)
Aunque era justo negar
respuesta á tanta altivez,
porque no cede la ciencia
á la fuerza ó la amenaza,
os disimulo la traza
de tan rápida exigencia.

D. *Ped.* Ved que tambien adivino
soy, y á mi vez os diré
poco ó mucho lo que sé,
que os guarda vuestro destino.

Emb. Entonces esta molestia
nos podemos escusar.

D. *Ped.* (Aun voy con él á cerrar
como quien caza una bestia.)
Conque no sabeis decir
ni mirando á lo pasado,
lo que ha sido de un soldado,
ni cuál es su porvenir?

Emb. (Dudando estoy.)

D. *Ped.* Bien está;
pues reservado os guardais,
fuerza es que de vos oigais
lo que fué y lo que será.
Vos fuísteis Marcos Martin,
que en sus traidores afanes
servísteis á los Guzmanes,
y les vendísteis por fin.
La razon os la diré:
cuando un bastardo ser quiso
rey de Castilla, preciso
buscar un veneno fué.

Emb. Cielos!
D. *Ped.* Le aprontásteis vos.
Descubierto, con el oro
que hurtásteis, fuisteis al moro
y renegásteis de Dios.
Ayudando al rey Bermejo
en Granada á conspirar,
cuando rey se hizo llamar
os hizo de su consejo.
(*Un momento de pausa.*)
Te he dicho, Marcos Martin,
lo que ha sido tu pasado;
atiende ahora con cuidado,
que voy á hablar de tu fin.
O con la mia se acuerda
tu voluntad desde hoy,
ó te juro por quien soy
que bailas en una cuerda.
Emb. (Rendirse sin pelear
fuera locura estremada.)
D. *Ped.* (*Con altivez.*) Qué dices?
Emb. No digo nada.
Eso es negar ú otorgar?
(*Arrancando con indignacion.*)
Por quién me tomais á mí,
mortal miserable y necio,
que viene á poner á precio
mis pareceres aquí?
Necio de mí, si mi ciencia
quien sois no me revelára!
D. *Ped.* Y es perspicacia tan rara
de tu ciencia ó tu conciencia?
Emb. Vos criado entre traidores
traiciones do quier soñais,
de las estrellas dudais,
de sabios y de doctores.
(*Con tono de inspiracion. Don Pedro trémulo de ira.*)
Yo vine de mi señor,
con mi ciencia poderosa,
de vuestra nacion leprosa,
médico y embajador.
Y de una historia indecente

me haceis el protagonista?

D. *Ped.* (*Levantándose dando una patada en el suelo.*)
Nuestra señora me asista,
y aun hablará el insolente!
Escucha, sabio doctor
y embajador compasivo,
voy a desollarte vivo
y á mandarte á tu señor.
Piensas que tengo tan flaca
la memoria, ó tan menguado
el enojo, que irritado
mi cólera el tiempo aplaca?
Siervo apóstata, asesino
mal comparado, vil ladron,
piensas que es tu salvacion
ese disfraz de adivino?
Despoja de esos trebejos.
(*Arráncale de un tiron la capellina que le cubre todo.*)
Padilla!

ESCENA VI.

PADILLA *y* DOS BALLESTEROS *aparecen á la voz de* DON PEDRO: *mientras* MARCOS *no acierta á volver de su asombro, le asen, le despojan del turbante y demás útiles que han de servir para el disfraz de don Pedro, y le llevan.*

D. *Ped.* A ese embajador
servirás de confesor;
guárdale bien y no lejos.

ESCENA VII.

DON PEDRO.

Darán al mozo un juguete
y alguna presa al leon!
Por Dios que de diversion
servirán al mozalvete.
(*Hace lo que va diciendo.*)
Cálome esta mantellina,
coloco la luz de modo

que en sombra quede yo todo,
mientra el resto se ilumina.
Abro, me cubro, me siento,
y á adivinar me preparo;
á fé mia que muy caro
pagan mi entrenimiento.

ESCENA VIII.

DON PEDRO. BLAS.

Blas. Este es sin duda el doctor.
D. *Ped.* Quién va?
Blas. Blas Perez.
D. *Ped.* (Por Cristo
que está al reclamo bien listo!)
Diga pues.
Blas. (Dame pavor
tan meláncolica estancia.)
Es el caso... yo... (no sé
cómo empezar.)
D. *Ped.* (Siempre fué
tan cobarde la ignorancia.)
En fin, qué quiere de mí
Blas Perez?
Blas. Venganza quiero.
D. *Ped.* Y de quién?
Blas. De vos la espero,
pues me encaminan aquí.
D. *Ped.* Y qué es ello?
Blas. Ello es, señor,
que hace tres noches, en una
lluviosa y negra, oportuna
para el cobarde y traidor,
mi padre...
D. *Ped.* (*Interrumpiéndole.*) Bien, le mataron.
Blas. Sí, murió á manos de un hombre...
D. *Ped.* Colmenares, sé su nombre...
Blas. El hecho, pues, os contaron?
D. *Ped.* Qué es mi saber en esencia
si lo pasado no acierto?
Blas. (Si le habrán dicho que ha muerto

los hombres y no su ciencia!)

D. *Ped.* Sea como quiera, adelante:
un soldado te ayudó,
y por él la ronda dió,
tras de ese hombre en el instante.
A él te arrojaste audaz,
mas te detuvo el soldado,
que aun no era el tiempo llegado
para tal temeridad.

Blas. Todo lo sabeis sin duda,
y puesto que á vos me envían,
está claro que sabian
que me podeis dar ayuda.

D. *Ped.* No te la dió el tribunal?

Blas. (*Con desprecio.*)
Si Dios otra vez naciera,
y entre sus uñas cayera,
pasáralo á fé muy mal.

D. *Ped.* No hay, pues, justicia en Sevilla?

Blas. Fué mi padre zapatero.

D. *Ped.* Quién en la ley es primero?

Blas. Los mas ricos en Castilla.

D. *Ped.* Mire el mozuelo insolente
lo que dice antes de hablar.

Blas. Ved si me habeis de vengar
ó me vuelvo.

D. *Ped.* Blas, detente;
tan mal te trató la ley
que así decidido estás?

Blas. Y no me volviera atrás
aunque atropellase al rey.
Oh! mataré á Colmenares
donde quiera que halle espacio,
en la calle, ó en palacio,
aun al pie de los altares.

D. *Ped.* Impio!

Blas. Seré imparcial,
obraré con mi enemigo
como el tribunal conmigo.

D. *Ped.* Pues cómo obró el tribunal?

Blas. Qué, no lo sabeis, señor?
el tribunal por su oro

le priba un año del coro,
que en vez de pena es favor.

D. *Ped.* Eso mas?

Blas. Conque es decir,
que al cabo por buena cuenta,
cobra como antes su renta,
al coro sin asistir.
Ved, pues, si tengo razon;
y si vuestra ciencia alcanza
á mi padre á dar venganza,
buscad presto la ocasion.

D. *Ped.* (Fuego de Dios en el mozo
y qué derecho se va
á su asunto.) Bien está,
concédote sin rebozo
la razon, pues es tan clara;
y pues por venganza vienes,
á que te ponga te avienes
al matador cara á cara?

Blas. Que si me avengo? sí á fé!

D. *Ped.* Mañana á palacio irás,
con eso paso te harás (*Dale una seña.*)
hasta donde alguien esté
que te ponga en la ocasion.

Blas. Yo á palacio! fuera yerro,
me echáran de él como á un perro
al saber mi condicion.

D. *Ped.* Si á tu padre has de vengar
tal órden has de cumplir.

Blas. Con esto á palacio he de ir...
y qué falta me hace entrar?

D. *Ped.* Obedece á tu destino,
que así dispone que muera,
porque si le matas fuera
te ahorcarán por asesino.

Blas. Vos queréisme hacer el bú,
y puede ser... ¡vive el cielo!

D. *Ped.* Obedece, rapazuelo,
á quien sabe mas que tú.
(*Don Pedro se levanta y le pregunta con imperio:*)
Diste á Diego sepultura?

Blas. Se la dí.

D. *Ped.* Y al otro?
Blas. (*Asombrado.*) Cómo!
sabeis tambien!...
D. *Ped.* Pies de plomo
necesita esta aventura:
ténlos y no olvides, Blas,
que quien con muertos pelea,
es muy posible que lea
tus pensamientos, y mas.
Con la bolsa del soldado
enterraste á los dos?
Blas. La misma noche. (Por Dios,
que esto no se lo han contado.)
D. *Ped.* Hablarán los que lo hicieron?
Blas. Su oficio es solo enterrar.
D. *Ped.* La lengua pues se han de atar
ó sepultura se abrieron:
mañana á palacio.
Blas. Iré.
D. *Ped.* Me tienes mas que decir?
Blas. Nada mas.
D. *Ped.* Te puedes ir,
y hasta mañana.
Blas. Os veré?
D. *Ped.* No te prometió el soldado
darte á Colmenares?
Blas. Sí.
D. *Ped.* Pues lo que él promete, á mí
cumplir me está encomendado.
(*Al despedirle.*)
Y cree, Blas, al adivino:
quien los misterios no calla
de este cuarto, por él halla
del otro mundo el camino.
Blas. (Seguiré á fé su consejo,
que todo este hombre lo sabe,
y el negocio es harto grave,
pues que se arriesga el pellejo.)
D. *Ped.* Qué aguarda?
Blas. Yo mas quisiera
preguntar... mas tengo miedo.
D. *Ped.* Vete, que en vengarte quedo.

Blas. Mas decid...
D. *Ped.* Váyase fuera.

ESCENA IX.

DON PEDRO.

Mató á Perez Colmenares
y el crimen pagando en oro,
prívanle un año del coro...
y matan á otros pelgares
por robar un alfiler!
Bien... La justicia atropella
mi justicia? haré con ella
lo que ella acostumbra á hacer.
Alguien llega. Quién va allá?
(*Vuelve á colocarse como al principio á la sombra de la lámpara.*)

ESCENA X.

DON PEDRO. ROBLEDO.

Robledo. Animas y embajadores.
D. *Ped.* (Aquí empiezan los traidores.)
Está todo?
Robledo. Todo ya,
solo falta repartir
el oro que ha de pagar,
los brazos que han de lidiar,
y armas con que han de reñir.
D. *Ped.* Tomad, en ese bolson
lo necesario teneis,
las armas encontrareis
en San Benito.
Robledo. No son
los monges del rey amigos?
D. *Ped.* Que eso crean es muy bueno,
que asi estará el rey ageno
de haberlos por enemigos.
Robledo. Eso sí, podeis fijar
seña y hora.
D. *Ped.* Con prudencia

meted gentes en audiencia
que mañana me han de dar.

Robledo. Luego mañana...

D. *Ped.* Así es:
al oir el esquilon
sable en mano y al salon.

Robledo. Allí muere á nuestros pies.

D. *Ped.* Quién parecer le ha pedido?

Robledo. A un mismo fin coligados,
no estamos todos?

D. *Ped.* Pagados
no habeis vosotros venido?

Robledo. La canalla sí, yo no.

D. *Ped.* Qué prendas derecho os dán
á ser mas? en dónde están
las gentes que pagais?

Robledo. Yo?
soldado valiente soy,
que arriesgo en esta partida,
si no mis doblas, mi vida.

D. *Ped.* Por canalla pues os doy,
que eso arriesga la canalla
cuando á los palacios osa,
y es que no tiene otra cosa
que perder en la batalla.

Robledo. Vive Dios!

D. *Ped.* Calle y va bien,
que pues en esta querella
arriesga él tanto como ella,
canalla será tambien.

Robledo. Hombre soy...

D. *Ped.* Por Satanás,
hé aquí lo que son soldados!
beben y riñen osados
y no sirven para mas.
Robledo, llévate ese oro;
las armas en San Benito,
y mañana al primer grito
en el salon junto al moro.

Robledo. Pensais pues, herege vil,
que muchachos de una escuela
nos llevais tan sin cautela

como ovejas al redil?
Iguales hemos de ser,
pues lidiamos por igual;
ó vais á pasarlo mal,
por vida de Lucifer,
que no faltará quien, roto
algun cabo de la rueda,
romper el círculo pueda...

D. *Ped.* (Si habla mucho le acogoto.)
Dígoos que ireis á palacio
con vuestra gente pagada,
y á la primer campanada,
fuego; y no os andeis reacio,
porque paga vuestro cuello.

Robledo. Pues bien.

(*Don Pedro impaciente se levanta, y abandonando la mesa, tras de la que ha estado oculto su cuerpo toda la escena, vase hácia Robledo, mostrando por debajo de la capellina morisca, que le está corta, las piernas armadas de acicates y mallas, á usanza de los caballeros cristianos.*)

D. *Ped.* Eh, largo de aquí.

Robledo. (*Mirándole á los pies.*)
Santo Dios! calzan así
los moros?

D. *Ped.* (Topó con ello.)

(*Llévale don Pedro á la fuerza hasta la puerta y dícele con voz siniestra:*)

D. *Ped.* Dicen que es por las pezuñas
facil con el diablo dar. (*Muéstrale un pie.*)
Ay si llegais á contar
que le habeis visto las uñas!

(*Le enseña una mano armada de guantalete y cierra la puerta dejándole fuera.*)

ESCENA XI.

DON PEDRO.

Si le digo al fin quién soy
á darle muerte me obligo;
mas si quien soy no le digo,

todo lo descubre hoy.
Oh! harále prudente el miedo.
Padilla!

ESCENA XII.

DON PEDRO. PADILLA.

D. *Ped.* Si á San Benito
no va, por Cristo bendito
que me prendais á Robledo.
Padilla. Han de recelar, señor,
los demás de esa medida.
D. *Ped.* Pues prométele la vida.
Padilla. Dineros fueran mejor,
que tal vez desesperado,
si alcanza que ha de morir,
se negará á consentir,
á su partido obligado.
D. *Ped.* Entonces poco me importa;
si se niega le ahorcarás,
y tras él á los demás.
Así es la funcion mas corta.
Padilla. Si permitís que os pregunte
sin desacato, señor,
no era eso mucho mejor?
D. *Ped.* Mil gracias por el apunte.
Padilla. Si os ofendí, perdonad.
D. *Ped.* No sabeis que ellos decian
que al leon entretendrian?
No se entretiene en verdad?
Dúrale la diversion
mientra el hambre no le apura;
esto es, el juguete dura
mientras harto está el leon.
Padilla. Pero advertidos de cierto
tarde ó temprano...
D. *Ped.* Ya basta,
Padilla; mientras se gasta
mi jugute me divierto.
Padilla. Mas no perdais la ocasion
por un infantil capricho.

D. *Ped.* Me divierto, y está dicho,
darles quiero una leccion.
Ya vistes el vulgo necio
que se agolpaba al umbral;
no merece, voto á tal,
mi burla con mi desprecio?
En pos viene del oráculo
de un decantado adivino,
y le usurpa ese asesino
de la ciencia el tabernáculo.
Contra su rey conjurados
porque igual premia y castiga
en larga y secreta liga,
su alcázar minan osados.
Al vulgo insensato admiran,
y á pretesto de arte mágico,
á un fin mas sangriento y trágico
con sus misterios conspiran.
Ahora bien, pues cazadores
sin tiento cuadrilla loca
de su cueva hasta la boca
siguen al leon vencedores,
de sus peñas al abrigo
saldrá el leon de repente.

Padilla. Mucho ese dicho insolente
os picó.

D. *Ped.* Padilla amigo,
confiésolo, pues me obligas;
los tigres, los elefantes
provocan al leon pujantes,
mas le insultan las hormigas.
Oh! pues astuto y mañero
todas por fin las junté;
mañana las pisaré
al cegar el hormiguero!

(*Padilla se retira á una seña de don Pedro.*)

ESCENA XIII.

DON PEDRO *vuelve á colocarse tras de la mesa, como antes, y sale* TERESA *con manto que le cubre el rostro.*

Teresa. Sois vos el sabio doctor
que duelos del alma cura?
D. *Ped.* No es mi ciencia tan segura
que alcance á todo dolor.
Quién sois?
Teresa. Soy una mujer
pobre, triste y desvalida,
á este lugar impelida
por sus cuitas.
D. *Ped.* Puede ser
que contenta no salgais,
pues siendo tan desdichada
la verdad no será nada
propicia. Cómo os llamais?
Teresa. Mi nombre, qué importa aquí?
sé que obedece la ciencia
con lisonja á la opulencia,
mas yo del vulgo nací.
(*Deja en la mesa una moneda.*)
Sin embargo, esto es, señor,
cuanto un pobre os puedo dar;
ved si eso puede comprar
vuestra ciencia.
D. *Ped.* No es valor
que se paga con dinero:
guardaos eso; decid
lo que quereis, y advertid
que en todo ayudaros quiero.
Teresa. Dos cosas que consultar
tengo.
D. *Ped.* Decid la primera.
Teresa. Saber en dónde, quisiera,
á un soldado podré hallar.
D. *Ped.* La segunda.
Teresa. El nombre oir
del traidor que hace tres dias

mató á mi padre.
D. *Ped.* Teníais
antes del padre morir
sospecha de azar tan duro?
Teresa. Si lo hubiera sospechado,
señor, le hubiera salvado.
D. *Ped.* (Es ella? aun no estoy seguro.)
Murió tu padre en la calle?
Teresa. Sí señor.
D. *Ped.* A puñaladas?
Teresa. Sí señor.
D. *Ped.* Eran pasadas
las ánimas al matalle?
Teresa. Sí señor.
D. *Ped.* De ello testigo
fué ese soldado á quien vas
buscando?
Teresa. Así fué.
D. *Ped.* Quizás
le amaste?
Teresa. Mostróse amigo
de mi padre, y...
D. *Ped.* Di á tu hermano
que aquel que mañana vea
que en la audiencia real pasea
departiendo mano á mano
con el rey, ese es el hombre...
y en cuanto á ese otro soldado
á quien buscas, ha mudado
trage, condicion y nombre.
Teresa. Pero verle no podré?
D. *Ped.* Y si el que buscas no es ya,
de qué hallarle te valdrá?
Teresa. Mis cuitas le contaré:
las fiaré á su cuidado,
y amante ó compadecido,
valiente sé que ha nacido,
y obrará como soldado.
D. *Ped.* Mucha fé tienes en él.
Teresa. Le amo, y vengaráme al cabo,
que le llaman Pedro el Bravo.
D. *Ped.* Y tambien Pedro el Cruel.

Teresa. No será entre las mujeres
donde use nombre tan fiero.
D. *Ped.* Tanto le quieres?
Teresa. Le quiero.
D. *Ped.* Pues, Teresa, no le esperes;
Pedro es un valiente, sí,
te vengará porque es justo;
mas aunque oirlo sea susto
no es ya Pedro para tí.
Teresa. Razon no alcanzo, señor.
D. *Ped.* Hay entrambos largo trecho,
y es un mal que ya está hecho.
Teresa. Todo lo iguala el amor.
D. *Ped.* Imposible!
Teresa. Yo no digo
que si es rico, noble, avaro,
mi amor me pague tan caro
si con mi amor no le obligo.
Si (aunque pensarlo me pesa)
con otra casado está,
el daño mortal será,
no para él, para Teresa.
No le humillará mi amor,
si venga á mi padre y lava
mi afrenta, seré su esclava,
porque él será mi señor.
Si á alguien con amarle ofendo,
nadie me podrá estorbar
que pueda en silencio amar
objeto que no pretendo.
D. *Ped.* (Pobre muchacha!) Y si fuese
Pedro un falso y un traidor?
Teresa. No conseguirá un error
que por él no me interese;
aun si miente le amaré.
D. *Ped.* Y si es un vil, cuyo oficio
te infama?
Teresa. Haré un sacrificio,
y su infamia partiré.
D. *Ped.* Y si su conducta loca
con depravada intencion,
á tu orgullo con razon

y á tu honor, Teresa, toca,
le amarás?

Teresa. Siempre, aunque triste!
lloraré mi desventura,
y no habrá fin mi amargura
si es verdad.

D. *Ped.* Tú lo dijiste;
él sabia que hasta tí
no se podia bajar,
y te enamoró á pesar.
Quieres aun buscarle?

Teresa. Sí.
La última vez verle quiero,
y en nombre de aquel amor
voy á encomendar, señor,
mi venganza á un caballero.

D. *Ped.* Sí por Dios! y no te engaña
tu amor, que si te ha mentido,
te vengará arrepentido,
que es quien es. (Mujer estraña!
Veamos.) Antes tuviste
que él otro amor?

Teresa. Le olvidé.

D. *Ped.* Quiérete aun?

Teresa. No lo sé.

D. *Ped.* Dice?...

Teresa. Que sí.

D. *Ped.* Mal hiciste.
Toma ese anillo; al mostrarle
paso en palacio te harán,
y hasta el rey te llevarán.

Teresa. Al rey!

D. *Ped.* A él debes llevarle;
Pedro Bravo estará allí:
háblale... y lleva contigo
al alcázar á ese amigo,
que anda perdido por tí.

Teresa. Y qué relacion?...

D. *Ped.* No dudes,
Teresa: de qué en conciencia
me serviria la ciencia,
á que confiada acudes,

si remedio no te hallára?
Vé á palacio, y de contado
verás á Diego vengado,
y á Pedro Bravo la cara.
Quieres mas?

Teresa. Si no temiera
que mi empeño...

D. *Ped.* Di y concluye.

Teresa. De mí Pedro Bravo huye
por desamor?

D. *Ped.* Necio fuera!
te quiere cada vez mas;
pero sigue mis consejos;
ama á Pedro desde lejos,
no se lo digas jamás.

Teresa. Me aterrais!

D. *Ped.* Tú eres muy bella,
él es mozo, y aunque bueno,
su amor es bruto sin freno
que cuanto alcanza atropella.
Harto dije; vete pues,

ESCENA XIV.

DON PEDRO.

Con su deshonra qué gano?
no quiero ser tan villano
con quien tan sincera es.
Casta y sencilla paloma
presa en las redes de amor;
que vayas libre es mejor
que cruel gavilan te coma.
Yo te vengaré de mí,
y al ver quién era y quién soy,
en que has de estimar estoy
por lo que soy lo que fuí.
Quién va?

ESCENA XV.

DON PEDRO. JUAN, *con mandil y cuchillas al cinto.*

Juan. Juan Cortacabezas

con todos sus menesteres.
D. *Ped.* Voto á San Gil! y qué quieres?
Juan. Sabedor de mis proezas
aquí me envió don Samuel,
para que hablára con vos;
conque bien sabreis los dos
para qué me envía él.
D. *Ped.* (Quién es este zafio?) Oriéntame
de tus hazañas, y á ver
si me sirves.
Juan. Que saber
no hay mucho.
D. *Ped.* Despacha, cuéntame.
Juan. Llámome Juan, soy de oficio
carnicero (ó cortador,
si así os place), y tanto amor
le profeso á mi ejercicio,
que vendo al sol, y peleo
por la noche, y de este modo,
aunque igual no valgo todo
siempre es igual el empleo.
D. *Ped.* Entiendo: conque es decir
que eres de esos que en Sevilla
ponen precio á una cuchilla
sin ir al rey á servir?
Juan. Ya ve usarcé, nunca falta
quien refunfuñe de todo.
D. *Ped.* Pues ya se ve.
Juan. De ese modo
siempre á un buen hombre le asalta...
pues... dán en decir algunos
que siempre mi calle á oscuras
está, y otras mil locuras
que á la fin...
D. *Ped.* Toma. (*Dale un bolsillo.*)
Juan. Hay aquí
precio?...
D. *Ped.* De un hombre no mas.
Juan. Bien vale por Barrabás.
D. *Ped.* Te dijo el nombre Leví?
Juan. No.
D. *Ped.* Pues mañana temprano

vé al alcázar, y que hacer
te darán.

Juan. Ya empiezo á ver:
válgame Dios soberano!
Yo oí decir que hay quien piensa
que el rey... oh, si fuera cierto!

(*Don Pedro le echa una mirada de desprecio, diciéndole con tono de ambigua interpretacion.*)

D. *Ped.* Juan, si tienes buen acierto
doblarán la recompensa.
Vete.

Juan. Si supiera tal!

ESCENA XVI.

DON PEDRO.

Cortacabezas! Buen nombre!
Mañana veré si á ese hombre
se le han dado bien ó mal.
Padilla!

ESCENA XVII.

DON PEDRO. PADILLA. *Despues* MARCOS MARTIN, *entre dos guardias.*

D. *Ped.* Tráeme á ese mago.
(*A Marcos.*) Martin, pues tan mal empleas
tu ciencia, es fuerza que veas
los oróscopos que yo hago.
Ven acá: ese pergamino
has de escribir á Samuel,
y vas á fijar en él
bueno ó malo tu destino.
Díle que oportuna ausencia
es del caso, que está todo
previsto, y que haga de modo
que estén todos en la audiencia.

(*Marcos escribe. Don Pedro le mira con escrupulosa atencion.*)

Y ve que si un garabato

te veo hacer que no entienda,
tu vida tengo por prenda...
escribe limpio, ó te mato.

(*Toma don Pedro el pergamino y lo examina detenidamente.*)

Está bien, á una prision
llevadle, y á la hora dada
mañana irá su embajada
á dar al rey al salon.

(*Asen las ballesteros á Marcos, que ha quedado en pie junto á la mesa donde escribió, y al pasarle por delante de don Pedro le dice este:*)

Si obedeces vivirás:
de otro modo tu torpeza
te costará la cabeza.
Padilla.

(*Mientras vuelve Padilla, don Pedro cierra la puerta por donde han entrado los que se suponen venir de la calle, y descorre el cerrojo de la del fondo, que se supone dar á las habitaciones interiores de Samuel. Hecho esto y puesto el pergamino en parte visible de la mesa, vase hácia don Diego García de Padilla.*)

(*Salen, y Padilla vuelve á la voz de don Pedro.*)

ESCENA XVIII.

DON PEDRO. PADILLA.

D. *Ped.* Con él irás;
que no hable ni al confesor,
y en cumpliendo su embajada,
en una caja cerrada
la cabeza á su señor.

Padilla. No le dijísteis?...

D. *Ped.* Lo siento;
mas tener cuenta es preciso
del refran con el aviso:
quien hace un cesto hará ciento.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

PERSONAS.

DON PEDRO.
DON JUAN DE COLMENARES.
SAMUEL LEVI.
BLAS PEREZ.
DON ALBAR PEREZ DE GUZMAN.
UN EMBAJADOR DEL REY DE GRANADA.
EL CARDENAL, LEGADO DEL PONTIFICE.
ROBLEDO.
JUAN
DOÑA ALDONZA CORONEL.
TERESA PEREZ.
Cortesanos, prelados, dignatarios eclesiásticos y civiles de todas categorías, acompañamiento del legado y del embajador, Ballesteros del Rey, Conjurados y Pueblo.

La escena pasa en el alcázar de Sevilla.

PARTE PRIMERA.

Galeria corta con puerta en el fondo, en el alcázar de Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO. DOÑA ALDONZA.

D. *Ped.* Eso dicen! vive Dios,
Aldonza, que no lo entienden.
Si aun nos queremos los dos,
bien lo veis, hermosa, vos.
Aldonza. Meter cizaña pretenden.
D. *Ped.* Eso sí, y por mejor prueba
os voy á decir la nueva
conque me han venido á mí:
que Albar Perez está aquí.

Aldonza. Cuento!
D. *Ped.* El aire se lo lleva.
Oh! pero ved la perfidia
conque lo cuentan; añaden
que Lacerda ya no lidia
por el rey.
Aldonza. Dichos de envidia.
D. *Ped.* Al menos me lo persuaden;
mas no es eso todo aun,
os hacen de mancomun
con vuestro pobre marido,
que anda de celos perdido
fraguando el daño comun.
Aldonza. Pero vos no lo creereis!
D. *Ped.* Yo? ni por pienso! Escuchad:
aun hay quien dice que habeis
vos bajado á la ciudad
á verle.
Aldonza. Y vos...
D. *Ped.* Ya lo veis:
siempre en vuestros ojos preso,
perdido siempre de amor,
desprecio al vulgo sin seso,
y aun casi me agrado de eso
por confundirlos mejor.
Aldonza. Mas dejadme preguntaros:
qué se hace vuestra Padilla?
D. *Ped.* Indicios me dais bien claros
de que ha podido enojaros;
mas ved que no está en Sevilla.
Aldonza. No la volvereis á ver?
D. *Ped.* Tuviérala por muy fea
tras de veros.
Aldonza. Váisme á hacer
la mas dichosa mujer.
D. *Ped.* Eso mi amor os desea.
Aldonza. Oh! será mientras aliente
mi anhelo amaros, mi gusto
serviros, eternamente
ser vuestra... y murmure injusto
el populacho insolente.
Sois el sol con cuya lumbre,

con cuyos vivos reflejos
se goza la muchedumbre,
y envidia que el sol me alumbre
de cerca y á ella de lejos.

D. *Ped.* Decís, Aldonza, muy bien:
os envidian porque os ven
junto al sol radiante estrella,
mas será fuerza que á ella
dén culto á la par tambien.
Oh! soy quien soy en Castilla,
y acatarán mis antojos;
que de no, fuera mancilla
para mí, luz de mis ojos,
amor mio.

Aldonza. Y la Padilla?

D. *Ped.* Celos teneis?

Aldonza. Qué sé yo!
mas al cabo...

D. *Ped.* Eso acabó.

Aldonza. La Padilla es tan hermosa!

D. *Ped.* Sed con ella generosa,
yo la enamoré y me amó.
Perdonad, no os habia visto
todavía, un error fué,
mas lo corregí bien listo;
la amaba, os vi y la dejé:
(bien lo hacemos, voto á Cristo!)

Aldonza. Mas entre el vulgo, señor,
correis por algo inconstante.

D. *Ped.* Y no decíais, mi amor,
há poco, que es ignorante
el vulgo y murmurador?

Aldonza. Quien bien quiere, bien sospecha.

D. *Ped.* Eh! quién hace caso alguno
de cuentos de su cosecha?
Sin ir mas lejos ved uno
conque os quedareis satisfecha.
Sabeis lo que ha sucedido
con Colmenares?

Aldonza. Sí á fé.

D. *Ped.* Dió la muerte á un atrevido
que le amagó.

Aldonza. Descreido!
D. *Ped.* Y sabeis qué dicen?
Aldonza. Qué?
D. *Ped.* Que le mató porque osado
el bribon se habia negado
á no sé qué devaneos
con su hija... dichos tan feos
inventa el vulgo menguado.
Aldonza. (Cielos, qué luz!)
D. *Ped.* Qué decís?
Aldonza. Me horrorizo del supuesto.
D. *Ped.* Lo mismo que yo sentís.
Aldonza. Él tan noble, tan modesto...
D. *Ped.* (Un buen par os reunís.)
Mas ahora que hablamos de él,
sabeis que me hizo reir
la sentencia? está al nivel
de la ley de un rey tan cruel!
Aldonza. (Qué querrá este hombre decir?)
D. *Ped.* El vulgo canalla es;
sobre él pesa la justicia;
el rico, el noble á sus pies
le tiene.
Aldonza. El vulgo codicia
no mas que sus doblas.
D. *Ped.* Pues!
Mas ya le harán, vive Dios,
ir de la nobleza en pos.
(Con la cuchilla en la mano
degollando dos á dos
tanto insolente villano.)
Aldonza. Sois justo, señor, en eso,
que os acata la nobleza
y os defiende.
D. *Ped.* Oh! lo confieso;
por ella asaz me intereso:
(como ella por mi cabeza.)
Mas veo allí á Colmenares;
voy á celebrarle un rato
sus aventuras y azares.
Aldonza. Y á fé que son singulares.
D. *Ped.* (*Como para sí.*) Amagarle?... mentecato!

bien muerto está el que mató.

(*Se echa á reir, observando la impresion que sus palabras hacen en doña Aldonza.*)

Y luego... brava quimera!
quién amores le colgó
con aquella zapatera?
(*Rie.*) Oh! voy á darle ahora yo
gran zumba con su Teresa.

Aldonza. Se llama así?

D. *Ped.* Dícenlo.
Mas á vos qué os interesa?

Aldonza. A mí? nada.

D. *Ped.* Creí.

Aldonza. No,
tan solo lo pregunté
por la zumba.

D. *Ped.* Bien está.
Adios, mi amor.

Aldonza. Él os dé
compañía.

D. *Ped.* (Me holgaré
si á ambos el diablo os la dá.)

(*Vase don Pedro, y al llegar al fin del teatro se vuelve á mirar á doña Aldonza.*)

Aldonza. (Necio! así vive tranquilo
y hoy agoniza tal vez!)

D. *Ped.* (Se traga el anzuelo el pez
sin ver que va atado el hilo.)

ESCENA II.

ALDONZA.

Vete, que á la muerte vas.
Necios! de torpes placeres
con una ilusion no mas
llevan á un hombre detrás,
como á un perro, las mujeres.
Qué vale, sol de Castilla,
tu atrevimiento y valor,
si á pesar de tu Padilla
aquí á mis plantas te humilla

una sonrisa de amor!
Mas caí en curiosidad;
si acaso será verdad
y por otro amor me deja?
Oh! abriera la eternidad
á tan maldita pareja!
Y por quién! Santa María!
por una villana tal!
Grave el insulto sería,
y por Dios que merecia
castigo al delito igual.
Ay!... miseria, nada son
las cosas de nuestro ser:
qué inconstante el corazon
donde hierve una pasion,
donde alienta una mujer!
Me dejó y le aborrecí;
que le olvidaba creí,
y hoy que de otro amor recelos
tengo por él, ¡pesiamí!
que de don Juan tengo celos.
(*Guzman asoma por un lado recatándose.*)
Mas que es esto? un encubierto
me acecha mal escondido
tras del postigo entreabierto:
se acerca... quién es no acierto.
uzman. Ella es. (*Saliendo.*)
ldonza. Cielos, mi marido!

ESCENA III.

DOÑA ALDONZA. DON ALBAR PEREZ.

. *Al.* Os hallo al fin, señora: por qué huraña
os recatais de mí? tenéisme miedo?
ldon. Miedo, por qué?
. *Al.* Que pregunteis me estraña
lo que yo mismo preguntaros puedo.
Dime, Aldonza, do estás hace tres dias
que ni dia ni noche doy contigo?
ldon. Qué era, Guzman, lo que de mí querias
que así te afanas para dar conmigo?

D. *Al.* Qué quiero? qué el esposo con la esposa
mas larga ausencia y pesadumbre quiere?
Y qué quiere la alegre mariposa
en torno de la luz en donde muere?
Aquella noche misteriosa y triste
que te hallé con los nuestros en la cita,
dónde al salir con las tinieblas fuiste?
Si me niegas tu amor, quién me le quita?
qué haces en este alcázar?

Aldon. No lo sabes?
Soy la dama del rey.

D. *Al.* Voto á los cielos.
Y lo dices así?

Aldon. No era?...

D. *Al.* No acabes,
ó por Dios...

Aldon. Voto va, teníais celos.

D. *Al.* Sí, celos, vive Dios! negros, horribles,
que me roen, Aldonza, las entrañas;
celos que están pidiendo irresistibles
sangre!

Aldon. La habrá, Albar Perez, no te engañas.
Habrá sangre ¡par diez! y no muy lejos;
ten al fijar los pies mucho cuidado,
Guzman, porque del sol á los reflejos
has de andar con la sangre deslumbrado.
Las losas estarán resbaladizas
esta tarde en palacio.

D. *Al.* No hablo de eso:
hablaba de mi honor.

Aldon. De sus cenizas
hoy ha de alzarse por su propio peso.

D. *Al.* Hoy se alzará y le vendes!

Aldon. Te engañaron,
Guzman; tiempo há que á réditos le puse.
Y hoy que á crecida cantidad llegaron,
justo será que los emplee y use.

D. *Al.* Acabemos, Aldonza; me interesa
mi honor mas que mi vida y que mi patria:
reine quien quiera, sobre tu honra pesa
mancha indeleble é incurable herida.

Aldon. No lo entiendes.

D. *Al.* El vulgo lo murmura.
Aldon. Y el vulgo es necio.
D. *Al.* Mas su lengua infama.
Aldon. Lo que hoy tacha, mañana por ventura
lo aplaudirá, Guzman.
D. *Al.* Deja la llama
donde deprendió su indeleznable huella,
y no vuelve la fama por la honra
que una vez marchitó.
Aldon. No se atropella
tan fácil la virtud por la deshonra.
D. *Al.* Mientes, Aldonza, mientes! aquí mismo
no te he visto con él en amorosa
conversacion?
Aldon. Te ciega tu egoismo,
Guzman, y aun no conoces á tu esposa.
D. *Al.* Y en palacio no vives torpemente
con la infame Padilla comparada?
Aldon. Y en palacio viviera enternamente
hasta salir cadáver ó vengada.
D. *Al.* Aun me querrás, por Dios, dorar tu afrenta.
Aldon. Mala memoria tienes; no has oido
una historia contar triste y sangrienta
de un Coronel que pereció vendido
por mandato del rey, y en una torre
á una mujer le dieron su cabeza?
Su sangre, Perez, por mis venas corre;
llámome Coronel, ve mi torpeza.
D. *Al.* Cómo! fraguaste tú...
Aldon. Sí, por mi vida!
No hubo estorbos que el paso me tuvieran,
familia y honra atropellé ofendida,
y nada me importó lo que dijeran.
Le esperé, le acosé con mi hermosura;
le sitié con mis ojos, é insensato
cayó á mis pies, poniendo á su locura
precio que ha de pagar, y no barato.
Jáctase de mi amor, público lo hizo
por orgullo no mas... oh! dura poco,
porque antes que le mude antojadizo,
pierde la vida por su orgullo loco.
D. *Al.* Y yo, Aldonza, contigo conspiraba

por instinto tambien!

Aldon. Basta; dejemos
que el tiempo llegue, que de andar no acaba:
fuerza es, Guzman, que sospechar no demos.

ESCENA IV.

GUZMAN.

Juzgué mal, vive Dios: bien ha pensado;
ella á su padre vengará altanera,
y del amor del rey iré vengado
cuando á las manos de su dama muera.

ESCENA V.

DON ALBAR. DON PEDRO *y* COLMENARES *cruzando por el fondo.*

D. *Ped.* Qué hombre es aquel, Colmenares?
Colmen. No le distingo á fé mia.
D. *Ped.* Voto á San Gil, juraria...
Colmen. (Guzman!... Todos son azares!)
D. *Ped.* El rostro recata, ve
quién es; que sea quien sea
no quiero que aquí me vea.
Colmen. (Con eso le advertiré.)
D. *Ped.* (Así les podré acechar
sin que ellos de ver lo echen.)
Colmen. Porque astutos no sospechen,
le procuraré apartar.

ESCENA VI.

DON JUAN. DON ALBAR.

D. *Alb.* Oh! vive Dios! qué recuerdo!
Colmenares no es aquel?
de cierto á saberlo... ay de él!
D. *Juan.* (Halagarle será cuerdo.)
Guzman, en palacio así
tan descuidado os estais?

D. *Alb.* Donde vos, don Juan, entrais
no me es dado entrar á mí?
D. *Juan.* De la corte estais proscrito.
D. *Alb.* Y encausado no estais vos?
D. *Juan.* Es muy distinto, por Dios,
el vuestro de mi delito.
Si maté á quien me ofendia,
fué mi causa la mejor.
D. *Alb.* Si á mí me llaman traidor,
mañana será otro dia.
D. *Juan.* Tanto fiais de la suerte!
D. *Alb.* De mí á lo menos espero
que moriré caballero,
sea cuando quiera mi muerte.
D. *Juan.* Eso he oido decir
de contínuo á vuestra esposa.
D. *Alb.* Mujer es muy generosa.
D. *Juan.* Oh! Con vos hasta morir.
D. *Alb.* Bien conoceis su intencion!
D. *Juan.* A su virtud me remito.
D. *Alb.* Sabeis si por tal la admito?
D. *Juan.* (Diablos de conversacion,
qué giro tomando va.)
Pudiérais vos dudar de ella?
noble, generosa, bella,
y bien casada.
D. *Alb.* Quizá.
D. *Juan.* (Habla este hombre, ó adivina?)
Si no es mas que una sospecha.
D. *Alb.* (El mentecato! Imagina
que el disimulo aprovecha.)
Mas decidme, pues sabeis
tanto vos de su hermosura,
de su vida y virtud pura,
mas enterarme podreis.
D. *Juan.* Yo?
D. *Alb.* Vos, sí.
D. *Juan.* Qué estravagancia!
su guarda, don Albar, soy?
D. *Alb.* Que la guardo á probar voy,
don Juan, á vuestra arrogancia.
D. *Juan.* Sospechais tal vez...

D. *Alb.* De vos.
D. *Juan.* Por?
D. *Alb.* Un no sé qué me han dicho.
D. *Juan.* Pase, si hablais de capricho.
D. *Alb.* De veras hablo, por Dios!
Pero estamos en palacio,
y tal vez no muy seguros;
venid abajo á los muros,
y hablaremos mas despacio.
D. *Juan.* No comprendo vuestro afan;
mas os veo algo irritado
contra mí, y tened cuidado,
que nací noble, Guzman.
D. *Alb.* Vos lo decís, mas no basta.
D. *Juan.* De mi sangre dudareis?
D. *Alb.* Sé, don Juan, que descendeis
de ilustre y antigua casta;
pero palabras cortemos,
tóngoos á solas que hablar.
D. *Juan.* Creo poder contestar.
D. *Alb.* Venid pues y lo veremos.
D. *Juan.* Mas fácil...
D. *Alb.* Os engañais;
uno ú otro ha de caer,
y en soledad ha de ser:
ó morís ó me matais.
D. *Juan.* Será así, pero no ahora.
D. *Alb.* Por qué no?
D. *Juan.* Fuera locura
no dar cima á otra ventura,
y va llegando la hora.
D. *Alb.* Pues...
D. *Juan.* Esta noche.
D. *Alb.* Corriente.
D. *Juan.* Yo os buscaré.
D. *Alb.* Yo os espero.
D. *Juan.* Adios.
D. *Alb.* Adios.
D. *Juan.* (Majadero,
de lo dicho se consiente!
por una mujer agena,
y de quien cansado estoy!) (*Vase riendo.*)

D. *Alb.* Curaré su ambicion hoy
con una estocada buena.

ESCENA VII.

DON JUAN. DON ALBAR. TERESA.

(*Al salir don Juan dá con Teresa, que va á entrar.*)

Teresa. Cielos!
D. *Juan.* Teresa!
Teresa. Ay de mí!
D. *Alb.* Qué es eso?
Teresa. (*A don Albar.*) Si sois hidalgo
y el honor teneis en algo,
sacadme, señor, de aquí.
D. *Juan.* (Que diablos, cuánta aventura!)
Teresa. Una hora há que ando perdida
por esta casa, traida
á ella por mi desventura.
D. *Juan.* (*A don Albar.*) Está loca.
Teresa. (*A don Juan.*) Loca dijo:
sí, loca por tí, cruel!
(*A don Albar.*)
Guiadme vos lejos de él,
señor.
D. *Alb.* (Celos son de fijo.)
Quién es? (*A don Juan.*)
D. *Juan.* No sé.
Teresa. No lo sabe!
mónstruo, y mi padre?
D. *Alb.* (Qué es esto?)
Teresa. Hidalgo, sacadme presto,
antes que el furor me acabe.
D. *Alb.* Pero qué buscas, quién eres?
Teresa. Yo soy.
D. *Juan.* (*Interrumpiéndole.*) Lleváosla pues.
(*Aparece doña Aldonza, y Teresa se ampara de ella.*)
Teresa. Oh, señora! á vuestros pies
favor.
D. *Juan.* (Ea, dos mujeres;
se acabó!)

ESCENA VIII.

DON JUAN. DON ALBAR. DOÑA ALDONZA. TERESA.

Teresa. Por compasion
llevadme lejos de ese hombre,
tiene de cordero el nombre,
con entrañas de leon.
Aldonza. Quién, muchacha?
Teresa. Ese asesino.
Aldonza. Es mas?... Don Juan, muy bien.
D. *Juan.* (Nos pierde.)
Aldonza. Conmigo ven,
niña. (Rostro peregrino!)
D. *Juan.* (*A doña Aldonza.*)
Ved que su lengua imprudente
os lleva al cadalso hoy.
Teresa. Contenta al cadalso voy,
que llevaré mucha gente:
era por esto el afan
de huir amante conmigo?
el mundo será testigo
de mi venganza, don Juan.
D. *Juan.* Ved...
Aldonza. Quitad, vil impostor.
D. *Alb.* (*Que les ha estado observando toda esta escena.*)
(Oh, sí, de cierto eso es.)
Señor don Juan, salid pues.
D. *Juan.* Yo sé una interpretacion;
vamos.
D. *Alb.* (*A doña Aldonza.*)
Y vos... tened cuenta,
que he de lavar de mi afrenta
hasta el último borron.
Me entendeis?
D. *Juan.* (*A don Albar.*) Y os diré!...
D. *Alb.* Nada.
Colmenares, lo sé todo.
D. *Juan.* Don Albar, pues de ese modo...
D. *Alb.* No hay mas lengua que la espada.
(*Salen.*)

ESCENA IX.

DOÑA ALDONZA. TERESA.

Aldonza. Id con Dios; viven los cielos,
qué me importa de esa afrenta
cuando no tengo mas cuenta
que con mi rabia y mis celos?
Te llamas Teresa?
Teresa. Sí.
Aldonza. Quieres á ese hombre?
Teresa. Ya no.
Aldonza. Le quisiste?
Teresa. Lo mandó
mi padre y obedecí.
Aldonza. Tu padre!
Teresa. Fueron hermanos
de leche y era un deber,
mas nunca le pude ver.
Aldonza. (Es ella y cayó en mis manos!)
(*Robledo pasa pensativo por el fondo y se pára viéndolas.*)
Quién te ha dirigido aquí?
Teresa. Señora...
Aldonza. Contesta, quién?
Teresa. Un adivino.
Aldonza. Está bien;
adivinó para mí.
Robledo, venid acá;
á esta mujer detenedme
mientras...
Teresa. Dios mio, acorredme.
Robledo. Y en palacio!...
(*Vase á volver doña Aldonza y se halla con don Pedro.*)
D. *Ped.* Quién va allá.
Aldonza. Cielos!

ESCENA X.

DICHOS. DON PEDRO.

Teresa. Él es, Pedro Bravo.
(*Se echa á su cuello.*)

D. *Ped.* Teresa!
Teresa. Oh, tenme contigo!
D. *Ped.* Qué dices?
Teresa. Sálvame digo.
Aldonza. (De comprenderlo no acabo.)
D. *Ped.* Aldonza, la conoceis?
Aldonza. No me habias dicho vos
que de don Juan...
D. *Ped.* No por Dios,
alucinado os habeis.
Dejadnos.
Aldonza. Cómo! Con ella?
D. *Ped.* No lo veis?
Aldonza. Pérfido! Ahora...
D. *Ped.* Idos á rezar, señora,
y dejad á esta doncella.
Aldonza. No, don Pedro, aquí no os dejo
sin que me espliqueis al cabo
qué es eso de Pedro Bravo.
D. *Ped.* Que os vayais os aconsejo.
Aldonza. Pues satisfecha no estoy,
no me he de mover de aquí,
que he de saber ¡pesiamí!
si al fin ofendida voy.
D. *Ped.* Idos, y callad el pico,
que yo á vuestro gabinete,
os enviaré un ramillete
de flores, y un abanico.
Aldonza. Os mofais?
D. *Ped.* Si no os contenta,
os enviaré mi rosario
y en él pondrá el emisario
vuestra cabeza por cuenta.

ESCENA XI.

DON PEDRO. TERESA.

Teresa. Pedro!... (*Tiernamente.*)
D. *Ped.* No olvides de hoy mas
de aquel sabio los consejos:
ama á Pedro desde lejos,

no se lo digas jamás.
Teresa. Aun me privareis!...
D. Ped. Silencio,
Teresa; viniste aquí
venganza á pedir de mí,
ven á ver cómo sentencio.
Si te ultrajó Pedro Bravo,
don Pedro te satisface;
por lo que á lo de antes hace
aquí empiezo y aquí acabo.
Teresa. Señor, quien quier que seais,
que aun comprenderos no puedo,
para quien en nada quedo,
pues do empezais acabais,
vuestra palabra os levanto,
pues que vais de mala gana,
que me creo asaz villana
para obligaros á tanto.
D. Ped. Vé recta por tu camino,
muchacha, y confia en Dios;
vas de la venganza en pos
y es vengarte tu destino.

ESCENA XII.

DON PEDRO *toma de la mano á* TERESA, *que le sigue en silencio: al salir por el fondo se hallan cara á cara con* DON ALBAR, *que va á entrar; él y don Pedro se recatan uno de otro.*

D. Alb. Razon tiene, esperaré
á la noche; mas quién va?
D. Ped. Quién es este?
D. Alb. (Quién será?
No ha de verme.)
D. Ped. (Le veré.)
Qué significa en palacio
un encubierto?
D. Alb. Ó voy mal,
ó á un embozado es igual.
D. Ped. Terco sois!
D. Alb. Y vos reacio.

D. *Ped.* Vais á entrar?
D. *Alb.* Vais á salir?
D. *Ped.* Por sobre vos segun veo.
D. *Alb.* Que entraré lo mismo creo.
D. *Ped.* (Conocíle, vive Dios.)
D. *Alb.* Pues á uno y otro interesa
salir y entrar sin ser visto,
ved lo que hacen ¡vive Cristo!
dos cuervos con una presa.
D. *Ped.* Con retóricas andais:
chistoso estais, por mi vida:
entrad pues; mas la salida
mirad por dónde la hallais.
Y pues sabeis comparar
con las fieras á la gente,
andareis, Guzman, prudente
un consejo en escuchar.
(*Le lleva aparte: Robledo está al fin de la galería mirando la escena.*)
D. *Ped.* (*A don Albar.*)
El cuervo cuanto mas negro
fortuna mas negra augura.
(*Se desemboza y se muestra vestido de amalla.*)
Que hay cuervo es cosa segura.
D. *Alb.* Cielos! (*Conociéndole.*)
D. *Ped.* Le vísteis? Me alegro.
(*Vuelve á embozarse con la mayor indiferencia, y vase con Teresa. Robledo baja á la escena poco á poco.*)

ESCENA XIII.

DON ALBAR. ROBLEDO.

D. *Alb.* La voz del de la otra noche,
San Dionís! y en los secretos
de nuestras gentes hablaba
como en sus negocios mesmos.
El es, no me queda duda;
todo lo adivino á un tiempo:
de la muchacha el galan,
de doña Aldonza el cortejo,
de Guzman el enemigo

y de todos el infierno.
Oh! todo me sobra ahora;
valor, honra, vida y celos.
Robledo. Don Albar, dadme la mano.
D. *Alb.* Despedida es?...
Robledo. Para lejos.
D. *Alb.* Dónde os vais?
Robledo. Do iremos todos:
en la plaza nos veremos.
D. *Alb.* Despachado estais?
Robledo. Lo estamos.
D. *Alb.* Tanto como yo, Robledo?
Robledo. He visto al diablo las uñas.
D. *Alb.* Y yo las alas al cuervo!

PARTE SEGUNDA.

Salon de embajadores en el alcázar de Sevilla: trono, dosel y aparato de magnificencia real. Puerta en el fondo cerrada y secretas á los lados.

ESCENA XIV.

PADILLA, *que está en la escena.* DON PEDRO *y* TERESA, *que entran.*

D. *Ped.* Está?
Padilla. Todo.
D. *Ped.* Y el muchacho?
Padilla. Ya espera.
D. *Ped.* Sabe el papel?
Padilla. Ojalá todos como él.
D. *Ped.* Cumplirá pues?
Padilla. Sin empacho,
que trae brio.
D. *Ped.* Bien está;
guarda á esa muchacha bien,
y que en el salon estén
cuando vuelva todos ya.
Teresa, sigue á ese hidalgo;
y pues invocas la ley,
él te llevará hasta el rey,
que te hará justicia en algo.
(*Ap. á Padilla.*)
Prendedme aquella mujer;
Guzman, que por pies no tome,
y el que en palacio hoy asome
á salir no ha de volver. (*Vase.*)

ESCENA XV.

PADILLA *introduce á* TERESA *por una puertecilla, por la que él se va despues de abrir las puertas del fondo á su tiempo.*

Padilla. Venid y esperad aquí.

Teresa. Dónde me llevais, señor?
Padilla. Vos os lo sabrás mejor;
callar me mandan á mí.

ESCENA XVI.

Padilla abre las puertas del fondo que dán á una magnífica antesala llena de cortesanos que se reparten por la escena. Entre ellos vienen SAMUEL LEVÍ, ROBLEDO, COLMENARES *y los demás* CONJURADOS: *prelados, militares y dignidades de todas categorías. En un grupo Samuel y otros conjurados.*

Uno. Llegó la ocasion?
Samuel. Llegó.
Otro. Y el moro?
Samuel. Respondo de él.
Primero. Mas no decís?...
Samuel. Será fiel.
Segundo. Razon hay?
Samuel. Me la sé yo.
No há un hora que recibí
un segundo pergamino:
todo irá por su camino.
Otro. Colmenares?
Samuel. Vedle allí. (*Vuelven á mirarle.*)
Primero. Y entraron los de Guzman?
Samuel. Es nuestra toda Sevilla:
no hay temor, tendrá Castilla
rey mejor.
Segundo. Por tal le dán.
(*En otro grupo Colmenares y otros.*)
D. Juan. Habeis esparcido bien
por el vulgo mi noticia?
Uno. Todos dicen que es justicia.
D. Juan. Y habrá tumulto?
Otro. Tambien.
Otro. Oh! es obra de religion
la del Papa.
Primero. Sí en verdad;
pero el pueblo en realidad

no merece escomunion.

(*Los maceros anuncian al rey, que sale por una puerta lateral embozado como siempre.*)

Maceros. El rey.

ESCENA XVII.

DICHOS. DON PEDRO, *á cuya salida doblan todos la rodilla.*

D. *Ped.* Alzaos, vasallos.
Un conj. (Qué orgullo!)
D. *Ped.* Vengan á mí
Colmenares y Leví.
Un conj. (Así pide los caballos.)
D. *Ped.* Samuel, en los labios veo
que las palabras te bullen;
y palabras que se engullen,
se indigestan segun creo.
D. *Juan.* Señor, vuestros nobles son
los que presentes están.
D. *Ped.* Hola, os entiendo, don Juan.
Es mi capa la ocasion
de la advertencia. Es decir
que esa ilustrísima grey
necesita ver si el rey
es curioso en el vestir?
Quitadme esa capa, pues.

(*Lo hace don Juan, y aparece armado, á cuya vista se alza en la escena murmullo de descontento.*)

Algunos. (A la audiencia viene armado!)
D. *Ped.* Este es trage de soldado,
y el rey un soldado es.

(*Óyese un ruido fuera y gente que arma tumulto por el fondo.*)

D. *Ped.* Qué es eso?
D. *Juan.* Es que la canalla
se agolpa á veros aquí.
D. *Ped.* La canalla á verme á mí?
Que entre, pues.
D. *Juan.* Mirad la valla,
señor, que de la nobleza

justamente la divide.
D. *Ped.* Para quien justicia pide
es estorbo la pobreza?
Creeis, don Juan, que me asombra,
esa muchedumbre acaso,
ó tema á su tosco paso
que me estropee una alfombra?
Que entre mi pueblo en mi casa.
(*Llénase la escena de gente de todas condiciones.*)
Rey soy de toda Castilla,
y no ha de haber en Sevilla
para hablar con el rey tasa.
Que vea mi pueblo entero
hoy qué embajadas recibo;
quién es su rey.—Por Dios vivo
que los vean, eso quiero.
Un noble. (Con la turba nos confunde
el insolente.)
Otro. (Habrá mengua!)
Otro. (*A los dos.*)
(Hable el hierro por la lengua
y esa alta torre se hunde.
D. *Ped.* Que entren los embajadores
que espero.
(*Ábrese una puerta lateral, y aparecen el legado del Pontífice y el embajador del rey de Granada, disputándose la entrada cercados de sus respectivos acompañamientos.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS. EL LEGADO *y* EL MORO.

El moro. Antes he de ser.
El leg. La iglesia á un infiel ceder!
D. *Ped.* Voto á... qué es esto, señores?
Entrad los dos á la par;
que aunque á un tiempo hableis los dos,
palabras tengo, por Dios,
conque á los dos contestar.
Uno. (Descreido!)
Otro. (Así se hará
enemiga á toda Europa.)

Samuel. (*A don Juan.*) (Esto marcha.)
D. *Juan.* (*A Samuel.*) (Viento en popa.)
D. *Ped.* Vamos á ver: hablais ya?
Moro. (*A un tiempo.*) Gran señor...
Legado. (*Idem.*) Rey de Castilla...
D. *Ped.* (*Al moro.*) Que habláras tú, fuera justo;
mas demos al Papa gusto,
que al cabo tiene su honrilla.
Un conj. (*A Samuel.*) (Ved, todo sale adelante.)
Samuel. (Mirad por todo el salon
nuestras gentes en monton.)
Un conj. (Y el moro que fué constante.)
Legado. Rey de Castilla, yo en nombre
del Pontífice Romano,
y él en el del soberano
Dios, que espiró por el hombre,
te decimos: que teniendo
tus pecados y delitos
en número de infinitos
y tu pertinacia viendo;
viendo las contínuas guerras,
escándalo y mortandad
conque tiene tu impiedad
tiranizadas tus tierras;
te requerimos de hoy mas,
que retiradas tus gentes
de Aragon, allí no intentes
derecho alguno jamás.
Y si por tenaz capricho
no desistes de tu afan,
tus reinos por ello van
á sufrir un entredicho.
Rey don Pedro, tales son
mis encargos; si Castilla
hoy al Papa no se humilla,
caerá en tí su escomunion.
Cortes. (Qué escándalo! escomulgada
la nacion solo por él!)
Otro. (Contra ese mónstruo cruel
toda la tierra indignada!)
D. *Ped.* (*Al legado.*) Acabásteis?
Legado. Acabé.

D. *Ped.* Pues ahora me toca á mí:
lo que hoy os respondo aquí
direis á Roma.
Legado. Eso haré.
D. *Ped.* Puesto que el rey de Aragon
conmigo lidió esta guerra,
y solamente á mi tierra
alcanza su escomunion,
ó por ello su eminencia
nos escomulga á los dos,
ó le cuelgo ¡voto á Dios!
á la puerta de la audiencia.
Si Roma no sabe leyes,
yo meteré en esa villa
diez mil lanzas de Castilla,
y verá quién son sus reyes.
Legado. Eso mas?
D. *Ped.* No me replique:
ó parte para Aragon
á doblar la escomunion,
ó á mi enojo, roto el dique,
envío en un saco á Roma
tu cabeza, y echo al rio,
cardenal, el tronco frio
á que el agua se lo coma.
Salid.
Legado. En Roma diré...
D. *Ped.* Decid cuanto os dé la gana;
mas si aquí os hallo mañana,
mala embajada os daré.
Algunos. (Qué es esto?)

ESCENA XIX.

DICHOS, *menos* EL LEGADO.

D. *Ped.* (*A la multitud.*) Y murmullos fuera.
Si hay á quien escandalice
lo que con ese hombre hice,
vaya con él donde quiera.
(*Al moro.*) Habla.
El moro. Gran señor, un rey

que allá en el Genil habita,
vuestra amistad solicita
aunque de enemiga ley.
De joyas corto presente
(*Muestra los regalos, telas, etc.*)
os hace; admitid, señor,
esta ofrenda hecha al valor
por un enemigo ausente.

D. *Ped.* (*Sin hacer caso de Marcos Martin.*)
Colmenares, ven acá;
departamos, que es mejor
que oir á ese embaucador,
que á fé que pesado está.

Moro. Me oís, señor?

D. *Ped.* Sí, decid;
os entiendo bien, amigo.
Sabeis, don Juan, lo que digo?

Colmen. Qué, señor?

D. *Ped.* Que es muy feliz
el fallo del tribunal
en tu causa.

Colmen. Sí, par diez;
me insultó con altivez,
y allí le maté. Hice mal?

D. *Ped.* Y si fué te lo perdono;
pero no falta quien quiera,
don Juan, que el que mata, muera.

Colmen. Mi honor tengo yo en mi abono,
señor...

Moro. (*Al rey.*) Que os hablo en nombre
del rey mi señor.

D. *Ped.* Ya escucho;
seguid, seguid.

Cortes. (Esto es mucho.)

D. *Ped.* (*A don Juan.*)
Cuenta, don Juan, que es muy hombre
quien lo intenta, aunque rapaz,
y que hay justicia... A ese puerta
llamaron; mirad quién es,
Colmenares.

Samuel. (Tiento, pues!)

Un conj. (*A otros.*) (Amigos, estad alerta.)

ESCENA XX.

n momento de silencio.—Cuando Colmenares llega á puerta que DON PEDRO *le señala, suena el esquilon palacio, y abriéndose la puerta de repente,* DON JUAN *halla frente á* BLAS, *que le dá de puñaladas.* TERE-, *que sale tras él, queda horrorizada en medio de la cena.—*LOS CONJURADOS *dán en la confusion el grito nvenido y se van hácia el rey, á cuyos lados esta-n ya* PADILLA *y* LOS BALLESTEROS REALES *con las lanzas arcos tendidos. Padilla echa en los hombros de don dro el manto real, y tomando este de un doncel su oacete ceñido con la corona de oro, se planta en me-o de la escena, apoyado en aquella partesana con uño de baston, que dicen que usó en algun tiempo.*

Conjur. Castilla por don Enrique!
D. *Ped.* Castilla por Pedro el Cruel: (*Retroceden.*)
eso de hoy mas verá en él,
pues rompió Castilla el dique.—
Pues resiste el blando yugo
de mi igual y justa ley,
dudará al ver á su rey
si es su rey ó su verdugo.
(*A Juan Cortacabezas, que ha estado entre la turba.*)
Acá; toma esa invencion
con mi sello y mi cuchilla;
y á preguntar vé á Sevilla
si es mi hacha ó mi baston.
Verdugo real te nombro;
toda la ciudad pasea,
y que mi pueblo te vea
por do quier con eso al hombro.
Padilla. Señor, qué será mañana
de ese furor la memoria?
D. *Ped.* Padilla, dirá la historia
lo que la diere la gana;
mas si piensan sin rebozo
esos avaros monarcas
partir mi reino y mis arcas
porque me ven rey tan mozo,
yo haré que mi reino quede

con honra como español,
y haré ver que solo el sol
tenerle debajo puede.

Padilla. Señor, que veais justo es
que las naciones enteras
tremolarán sus banderas
contra vos.

D. *Ped.* (*Con fiereza.*) Que vengan pues.
Yo haré tragar á Aragon,
á Roma, á Navarra y Francia,
á los unos su arrogancia,
y á la otra su escomunion.
Vasallos, el soberano
que oye, ve, juzga y sentencia,
abierta tiene su audiencia
para el noble y el villano.
Que si cruel tengo de ser,
preciso será primero
que me aprecieis justiciero
para saberme temer.
(*Se sienta en el trono.*)
Samuel, conoces á ese hombre?
(*Al verdugo.*)

Samuel. (*Temblando.*) Yo, señor...

D. *Ped.* No le escogiste
para un muerto que aun existe
y de quien callaste el nombre?

Samuel. Señor...

D. *Ped.* (*Al verdugo.*) Tu racion es esa;
llévatela y no hay perdon.
Samuel, hallaste al leon,
y es fuerza echarle una presa.
(*Se lo llevan.*)
Ballesteros, el camino
sabeis, y os los he marcado;
llevad los que os he contado
cada cual á su destino.

ESCENA XXI.

A una seña de DON PEDRO *se apoderan sus soldados de todos los conjurados, y del embajador Marcos Martin, etc.*

D. *Ped.* Rapaz, acércate aquí. (*A Blas.*)
Mataste á ese hómbre?
Blas. Piedad,
señor, sabeis la verdad.
D. *Ped.* Dísela á todos, no á mí.
Blas. Mató á mi padre, señor,
y el tribunal por su oro
privóle un año del coro,
que en vez de pena es favor.
D. *Ped.* Lo oís? así el tribunal
á un asesino juzgó.
Sentencia, pues, daré yo
para el vengador igual.
Qué es tu oficio?
Blas. Zapatero.
D. *Ped.* No han de decir, vive Dios,
que á ninguno de los dos
en mi justicia prefiero.
Pesando ambos desacatos,
si en un año cumplia él
con no rezar, cumples fiel
no haciendo en otro zapatos.
(*A Teresa.*) Teresa, está ya demás
repetirte mis consejos:
ama á Pedro desde lejos,
no se lo digas jamás.
Puedes marido elegir,
que al cabo es mucho mejor
morir pobre y con honor,
que dama del rey vivir.
Teresa. A vuestras plantas postrada,
señor, de mi orgullo loco
pídoos perdon.
D. *Ped.* (*A Teresa.*) Mal es poco:
vete, que vas perdonada.
(*A los que quedan en la escena.*)

Vosotros, canalla vil,
turba cobarde é ingrata,
que conspirais de reata
en muchedumbre servil,
id; por necios os perdono:
id de mi reino, insensatos,
que no quiero mentecatos
en derredor de mi trono.
Fuera!

ESCENA XXII.

DON PEDRO. PADILLA.

D. *Ped.* Traedme, Padilla,
de paso esos dos menguados,
que han de caminar atados
como perros en trahilla.

ESCENA XXIII.

DON PEDRO. PADILLA. DON ALBAR. ALDONZA.

D. *Ped.* Ahí teneis vuestra mujer:
si no os dá mengua tenella,
podeis aun vivir con ella;
si no un convento escoger;
Mas tened cuenta, Guzman;
si en mis reinos os encuentro,
dos horcas frontera adentro
desde hoy os aguardarán;
que mientras pueda mi ley
sonar por ambas Castillas,
la han de escuchar de rodillas
desdè el zapatero al rey.

FIN DEL DRAMA.

CHICAGO PUBLIC LIBRARY